

CIELO ABIERTO
HISTORIAS DE CONDENA Y ESPERANZA

MONTSERRAT CANO

CIELO ABIERTO

HISTORIAS DE CONDENA Y ESPERANZA

PRÓLOGO DE JOSÉ RICARDO MARTÍNEZ CASTRO



PRESENTACIÓN

AVECES la literatura no es sólo estilo. Es también compromiso con una idea o con una percepción determinada de la realidad. Este libro es una obra ideológica en el sentido más estricto del término y no creo que su autora se sienta ofendida por este calificativo. Ninguno de los seis relatos que contiene el volumen es aséptico. En todos ellos hay héroes y villanos –mejor dicho, héroes y un villano– porque cada personaje representa conductas y actitudes que aparecen en el texto descritas desde una escala de valores muy concreta y que en ningún momento se oculta al lector. No es casual que el único de los implicados en las historias que nunca tiene voz sea el maltratador. Conceder voz literaria es una forma de comprender, de admitir, de justificar. Y, evidentemente, hay actitudes que no pueden ser comprendidas, admitidas ni justificadas desde ningún punto de vista. La autora se ha permitido la satisfacción de aplicar la justicia poética, dejando para quien corresponda la justicia que imparte la Ley. En ese sentido, el libro puede no ser del todo políticamente correcto, acostumbrados como estamos a una exagerada relativización de todas nuestras actuaciones. Es quizá el momento de admitir que no todas las conductas o las tradiciones son igualmente legítimas. En nuestra sociedad existe lo correcto y lo inaceptable. Es necesario insistir en que no hay excusas para formas de relación

que atentan contra los derechos humanos más elementales. La violencia de género es una de esas actitudes absolutamente intolerables.

Los seis relatos del libro se refieren a una misma situación descrita desde diferentes perspectivas. Es una forma de reconocer que todos estamos implicados en el fenómeno de la violencia contra las mujeres, que todos tenemos una cierta responsabilidad. Es, al mismo tiempo, una manera de felicitarnos a nosotros mismos por esas pequeñas acciones solidarias que, a veces sin darnos cuenta, llevamos a cabo en el transcurso de nuestras vidas y que son más útiles de lo que podemos figurarnos. Por último, es una llamada a la esperanza para todas las mujeres que se sienten agredidas y que, en el colmo de la injusticia, llegan incluso a sentirse avergonzadas por ello.

Este libro ofrece esperanza. No una esperanza ilusoria ni bienintencionada sino real, basada en un cambio social, legal y ético que se está dando en nuestro país y que, aunque más lento de lo que todos desearíamos, es ya imparable. El camino es duro y muchas mujeres habrán aún de soportar una gran cantidad de dolor. Pero si para algo sirve esta obra es para recordarles que no están solas y que junto a su esfuerzo está el trabajo de personas y entidades que se preocupan y ocupan de ellas. Digámonos a nosotros mismos que en esta historia hay buenos y malos, sin matices. Que los buenos somos mayoría y que los malos, como en la películas, pero esta vez de verdad, están condenados a perder.

JOSÉ RICARDO MARTÍNEZ CASTRO
Secretario General de UGT Madrid

*A todas las mujeres que aún sufren por serlo.
Y a las personas que trabajan por la igualdad
entre hombres y mujeres.*

AQUEL OLOR

A LO MEJOR ésa no era la primera vez, no sé, no estoy seguro. Bueno, pensándolo bien, es posible que hubiera pasado en más ocasiones porque el olor, sí, ese olor que le dije que había en casa, me parece que ya estaba allí antes de aquel día. En realidad, yo no recuerdo una época en la que no estuviese, así que... En fin, lo que le iba a contar es que aquella noche mis abuelos cenaban con nosotros, puede que fuera domingo, y a mí me habían dejado quedarme un rato jugando a la *game boy* mientras ellos veían Farmacia de Guardia, ¿se acuerda?, una serie que a mi madre le gustaba mucho, o al menos eso creo porque a menudo la oía hablar de ella con Rosario, nuestra vecina, cuando veníamos del colegio y se quedaban un rato en el descansillo de la escalera. Bueno, pues los cuatro –papá, mamá y los abuelos– estaban viendo Farmacia de Guardia y yo jugando con la videoconsola cuando mi padre empezó a gritar, no, no sé por qué, pero tampoco era raro que gritara, eso sí que recuerdo que pasaba muy a menudo.

Ahora que lo pienso algo raro debí yo de notar porque dejé de darle a los mandos y miré a mis padres. Sí, eso es raro. Quiero decir que me parece que yo no hacía mucho caso cuando mi padre se enfadaba con mi madre, era algo normal, pasaba casi todos los días, así que si aquella noche paré de jugar y los miré tuvo que ser porque los gritos no eran los de siempre... O sí, a lo mejor eran iguales pero a mí me parecieron diferentes... No sé, la ver-

dad, no sé, hace tanto tiempo... Pero vamos, lo importante es que miré y vi a mi padre levantarse del sofá, coger a mamá de un brazo, tirar de ella para ponerla de pie y, mientras con una mano la sujetaba, con la otra empezó a darle bofetadas. Bofetadas fuertes, sí. No se me ha olvidado cómo sonaban. Eran como golpes en una bolsa, huecos, sordos. Baf, baf. Parecía que mamá estuviese hecha de ese plástico de bolitas transparentes, esas que se explotan con los dedos, sólo que ella no explotaba, al contrario, yo diría que los bofetones se le quedaban dentro y por eso se oían así, baf, baf, como si ella, papá y los golpes estuviesen lejos. Pero no, estaban ahí, a mi lado, y creo que pensé, esto no puede ser, los padres no pegan a las madres, ahora mis abuelos se enfadarán con su hijo, mi padre, le castigarán y él se pondrá a llorar y le pedirá perdón a mamá y nos abrazaremos todos, como en las películas de la tele, ésas en las que al final todos se perdonan y viven felices para siempre... La verdad es que puede que eso no lo pensara entonces, seguramente era demasiado pequeño para pensar cosas de ese tipo, a lo mejor estoy mezclando asuntos de más tarde, de muchas peleas que hubo después, bueno no, peleas no, porque mamá nunca se defendía, lloraba y decía por favor, ya no más, ya no más, o el niño, no ves que el niño nos está viendo, pero ella jamás le pegaba a él, así que peleas, lo que se dice peleas no eran, no sé cómo se puede llamar a aquello.

Esa vez mi madre no dijo nada, sólo gritó y a mi me pareció natural porque los golpes eran bien fuertes, la cara se le estaba poniendo roja y empezó a salirle sangre de la nariz. Entonces mi abuela se levantó por fin y le mandó al abuelo, anda, llévate al niño a la habitación que no es bueno que vea estas cosas, y a mi madre le dijo, y tú no chilles, mujer, que te van a oír todos los vecinos, mientras mi padre seguía dándole bofetadas y la sangre le manchaba el jersey verde con perlitas blancas que le habían traído los Reyes Magos y que se ponía en las fiestas. Mi abuelo me llevó a mi cuarto y se puso a leerme Merlín el Encantador, que era el cuento de Walt Disney que más me gustaba por lo de la

espada y sobre todo porque Arturo se convertía en pez y en pájaro, y yo me imaginaba también convirtiéndome en otras cosas y viviendo en otra casa, como la de Merlín, que oliera a hierba y a té, porque en aquella época yo creía que el té tenía un aroma muy fuerte, parecido al del incienso de la iglesia pero más fino, más de palacio, elegante, todo lo contrario del olor de nuestro piso, ese que le he dicho antes. Sí, sí, yo ya sabía entonces que otras casas no olían igual, es más, estaba seguro de que sólo la nuestra olía de esa manera.

Yo tenía un amigo del colegio, Carlos, aunque le llamábamos Tapón, no sé si porque era muy canijo o porque se parecía un poco al niño de *Indiana Jones y el Templo maldito*, ¿se acuerda del chinito aquel? No, Tapón no era chino pero de todas maneras se parecía al de la película. Bueno, el caso es que algunas tardes su madre, que era amiga de la mía, me recogía a la salida de clase y me llevaba a su casa, a veces hasta me quedaba a dormir allí. Ahora que lo pienso, es posible que los días que mamá no venía a buscarme fuera porque papá le había pegado... o a lo mejor era por otra cosa, no sé, pero en cualquier caso a mí, entonces, no me importaba la razón. Me encantaba quedarme en casa de Tapón. Todos creían que era porque me lo pasaba bien con él, porque nos reíamos antes de dormir y encendíamos las linternas dentro de la cama hasta que su padre venía y nos las quitaba haciendo ver que se enfadaba, aunque yo sabía que era de mentira, aquello no se parecía a los enfados de verdad como los de mi padre. Pero no, a mí me gustaba aquella casa porque olía bien, a comida, a perro, es que Tapón tenía un perro que se llamaba Chuchi y era un poco tonto, se perdía en el parque y había que buscarlo tardes enteras y cuando aparecía lloraba y se arrimaba a las piernas de toda la familia, asustadísimo... y a productos de limpieza, a tierra de las macetas...

Sí, en la mía también olía a esas cosas pero además estaba lo otro, eso que no estaba en la de Tapón ni en la de Rosario, nuestra vecina. No, ella no tenía hijos, sólo un gato blanco que bufaba

cuando querías tocarlo. Ni en la de Carmen, mi madrina. Bueno, en ésa es que había un perfume delicadísimo, tenía en todas las habitaciones platos con flores secas, rosas, jazmines y no sé qué más pero todo muy rico, muy bonito. Carmen era la mejor amiga de mamá, se conocían desde pequeñas, fueron al colegio juntas, como Tapón y yo, sólo que ellas siguieron tratándose y nosotros no.

Cuando me cambiaron de colegio empezamos a vernos menos, al principio quedábamos algún sábado o algún domingo para ir al cine o merendar en un Burger pero luego, poco a poco, dejamos de llamarnos, es que ya no teníamos mucho de qué hablar, cada uno tenía sus amigos, sus cosas, ya sabe... Ah, sí, Carmen. Pues era la amiga íntima de mi madre y mi madrina. Me gustaba muchísimo ir a su casa pero también a ella le cogí manía cuando lo de mis padres, la había escuchado hablar a menudo con mamá y le decía cosas malas de mi padre, muy malas, sí...

¿Que siga con lo de la primera vez que le vi pegar a mi madre? Pues eso, que yo estaba en la habitación con mi abuelo leyéndome Merlín el Encantador pero no me enteraba mucho porque desde allí se oía todo lo que pasaba en el salón. Se oían las bofetadas, baf, baf, baf, los chillidos de mamá y a la abuela diciendo, pero cállate, cállate, es que no te vas a callar, no ves que es peor, y a mi padre no se le escuchaba, él no decía nada. Luego se dejaron de oír los golpes, se cerró una puerta, creo que la de mis padres, y la abuela vino para decirle al abuelo que cogiera a papá y se lo llevara a dar una vuelta, que estaba muy nervioso y necesitaba calmarse. El abuelo cerró el libro, salió y habló con papá pero yo no entendí lo que decían, ya no gritaban. Se fueron y la abuela me dijo, anda, ven, mira un poco la tele mientras te preparo un colacao. Entonces le pregunté por mamá, más que nada para saber si aún le salía sangre de la nariz, y ella me contestó que estaba bien, que lo que había pasado era una cosa de padres y que no tenía importancia, cosas de mayores, dijo, ya lo entenderás cuando crezcas. Ya ve, lo he entendido, vaya si lo he entendido, pero me pare-

ce que no era a esto a lo que se refería mi abuela. Aquella noche ya no volví a ver a mamá.

La abuela me acostó y antes de dormirme, papá y el abuelo regresaron de la calle. Después ellos se marcharon, papá abrió la puerta de su habitación, la volvió a cerrar y no se oyó nada más. Me acuerdo del silencio y del olor de aquella noche. El silencio era muy grande, muy pesado, no sé explicarlo, era tan denso que me hacía daño en los oídos. Y el olor, bueno, el olor era peor que nunca, tan intenso que yo no quería respirar para no notarlo pero lo sentía incluso tapándome la cabeza con las sábanas, como si estuviera en todas partes o me persiguiera. ¿Cómo es exactamente ese olor? No sé, es... no se parece a nada... es un poco dulzón, pero no con el dulzor del caramelo líquido, por ejemplo, no, ni como el de las pastelerías. Es más bien como el de la fruta podrida o el de un filete que se queda en el frigorífico demasiado tiempo y hay que tirarlo. Algo así pero más fuerte y más ... espeso, sí, eso es, espeso, como una baba invisible pero pegajosa. Da asco, de verdad, da mucho asco.

Fíjese que durante mucho tiempo me dio vergüenza que mis amigos viniesen a casa y se dieran cuenta de cómo olía. También es verdad que casi nunca venían porque a mi madre no le gustaba, por si ensuciaban o descolocaban algo y luego papá se enfadaba. Pero, de todas formas, yo tampoco los invitaba. Me los imaginaba olfateando los muebles, arrugando la nariz, y después riéndose y contando en el patio del colegio lo que pasaba en nuestro piso... No, la verdad es que nadie habló jamás del olor. Ni mi madre, ni mis abuelos, ni Carmen, ni las vecinas, nadie, yo nunca escuché ningún comentario acerca de eso. Pero existía, se lo juro. Y existe. Si no, yo no estaría ahora contándole estas cosas. He venido por el olor. Si no hubiese sido por él, a lo mejor no me habría dado cuenta de lo que me estaba pasando. Ya ve, al final va a resultar que tiene alguna utilidad, que no es tan completamente malo como parecía. Claro, aquella noche la recuerdo porque fue la primera pero hubo muchas más bofetadas, más golpes,

más palizas, más silencio, y el olor más incrustado en las paredes, en la ropa, en los muebles, incluso en los juguetes y en los periódicos que leía mi padre y que parecía que estuvieran hechos con un papel diferente al de los demás, que en lugar de a tinta oliesen a aquella cosa rara.

¿Que qué decía mi madre? Nada, no decía nada. Gritaba cuando él la pegaba, o lloraba cuando hablaba por teléfono con Carmen o decía que se había dado un golpe con la puerta del armario si alguien le preguntaba qué le había pasado al verle una herida o un cardenal. ¿A mí? Ni una palabra, nunca hablaba conmigo de eso. Claro que yo tampoco preguntaba. Para qué, si ya lo sabía todo.

¿Opinar? ¿Opinar, yo? No, qué va. Yo no opinaba. Ahora que lo dice, me hubiera gustado que aquello no pasara, sobre todo porque me parecía que no ocurría en otras familias. Claro, yo no podía saber lo que sucedía en las casas de los demás. En el fondo, creo que alguna vez pensé que a lo mejor en todas partes era lo mismo y que, al igual que nosotros, todos callaban simplemente porque esas cosas no se podían decir, porque alguna ley lo prohibía o lo normal era que pasara y que nadie lo contara. Pero, aunque de vez en cuando pensaba esas cosas, yo sabía que no, que aquello no era lo corriente. Lo sabía por el olor, porque, como ya le he dicho, no existía más que en nuestra casa y en la de mis abuelos. Sí, claro, en la de mis abuelos también, ¿no se lo había dicho? Pues sí, allí estaba, aunque de otra manera, mezclado con la sensación de polvo y cosas antiguas. Además, mi abuela nunca tenía marcas de golpes ni lloraba cuando nadie la veía, estaba siempre tranquila, y mi abuelo no chillaba cuando se enfadaba, así que era parecido pero no lo mismo.

A mí, que le pegase, no me parecía ni bien ni mal. En todo caso, me hacía sentir incómodo. Cuando le veía golpearla, sentía una especie de vergüenza, como si estuviese mirando algo que no debía, me iba a mi cuarto y me ponía a jugar o, más tarde, cuando fui algo mayor, escuchaba música con los cascos puestos

para no enterarme de lo que pasaba en el salón. ¿A mí? No, qué va, a mí no me pegó nunca. Y me regañaba poco. Por eso empecé a pensar que mamá se merecía lo que le pasaba, que algo hacía mal si mi padre se enfadaba tanto y la castigaba. Por eso y porque los abuelos tampoco protestaban, sino todo lo contrario, le decían a ella, sobre todo la abuela, que se callara, que no gritara, que obedeciera a papá...

Ah, y también por otra cosa: porque mamá siempre le decía a Carmen que él era muy bueno, que la quería, que se ponía nervioso pero en el fondo la quería mucho. Eso lo escuché muchas veces. Era cuando Carmen se enfadaba con ella, insultaba a papá y decía que tenía que marcharse de casa y llamar a la policía. Eso sí que me asustaba. Imaginaba a la policía llevándose a mi padre como en las películas, esposado, ellos agachándole la cabeza para meterlo en el coche, él gritando soy inocente, soy inocente, yo pidiendo que no lo detuvieran y mamá sonriendo como las malas cuando se salen con la suya y todos piensan que son buenas pero no, en realidad engañan a todo el mundo hasta que en la escena del final se les nota en la cara que son culpables pero nadie se da cuenta. Sí, pensaba eso, y también que si mi madre se marchaba de casa yo me quedaría con mi padre porque era más divertido, me comparaba cosas y me llevaba al cine, al zoo, a las hamburgueserías... Así que, imagínese, cuando nos fuimos de casa, me agarré un rebote espantoso.

Al principio, me cogió tan de sorpresa que no me di mucha cuenta de lo que estaba pasando. Recuerdo que llegué del colegio y la encontré acabando de hacer las maletas. Estaba muy blanca y le temblaban las manos. Me dijo, mete todos los libros y los cuadernos en la mochila, Carmen va a venir a buscarnos y nos vamos a quedar unos días con ella. Aquello no me gustó nada pero no tuve tiempo de protestar porque, efectivamente, llegó Carmen y nos marchamos muy deprisa, como si escapáramos de algo. Cuando me di cuenta de que de lo que huíamos era de mi padre, ya estaba en el coche. Luego, aquella misma tarde, me

explicó que papá y ella se iban a separar, que yo viviría con ella pero que a él lo podría ver cuando quisiera, que seguiría siendo mi padre, eso no iba a cambiar. Yo me enfadé mucho, no lloré porque ya era mayor pero sentí una rabia enorme, tuve ganas de pegarla y en ese mismo momento entendí por qué papá la castigaba.

¿Que si la odiaba? Pues claro, cómo no la iba a odiar si quería separarme de mi padre, me sacaba de mi casa, pretendía cambiarme de colegio... Y porque sí, porque le daba la gana. Si hasta su propia madre le dijo que estaba muy equivocada. Mi otra abuela, sí, la del pueblo. Vino porque papá la llamó, yo escuché cómo le echaba la bronca y le decía que lo que estaba haciendo no era de buena esposa ni de buena madre, ni de buena hija. Ésa es la madre de mi madre, es viuda, mi abuelo se murió antes de que yo naciera, pero cuando yo era muy pequeño creía que era la madre de papá porque se llevaba mejor con él que con su hija. Con mamá siempre discutía, ahora ya no, pero porque no viene a nuestra casa ni nosotros vamos al pueblo.

Desde la separación creo que casi no se hablan, es que el número aquel fue gordo, sí, ése cuando le dijo que tenía que volver con papá, recuerdo que hasta se insultaron. Pero mamá nada, que lo había pensado bien, que ya no aguantaba más, que también lo hacía por mí. Y Carmen dándole la razón, que por eso yo le cogí tanta manía.

¿Mi padre? Hizo de todo para convencerla de que volviera. Un día, cuando nos levantamos, todo el descansillo estaba lleno de flores, ramos y cestas de flores de todas clases, rosas, gladiolos, claveles, esas que no sé como se llaman pero que tienen una sola hoja roja, brillante, como de cera, bueno, había de todas, blancas, azules, amarillas. ¿Sabe lo que hizo mamá? Pues las tiró todas, sí, todas, sin mirarlas siquiera, llamó al portero y entre él, Carmen y ella las sacaron todas a la calle y allí se quedaron hasta que la gente empezó a llevárselas, que yo lo vi desde la terraza. Otro día le mando un collar, de eso me enteré porque escuché cómo se lo

contaba a otra amiga por teléfono, y también lo devolvió a la joyería, al menos no lo tiró. Pero a veces, también es verdad, la llamaba por teléfono para insultarla y nos seguía en el coche gritando que se preparara, que le iba a romper todos los huesos para que aprendiera lo que era obedecer.

Fueron unas semanas muy malas, yo estaba nervioso, enfadado. Me hubiese gustado volver a casa. Y que todo fuese como antes, con mi habitación, mis pósters, mis amigos. Pero no. Carmen y ella hablaban de abogados, de juicios, de denuncias y, al final, una tarde me dijo que papá y ella ya estaban separados. Luego nos fuimos de vacaciones a Málaga, a la casa de mi tía Pilar, que no es mi tía, es prima de mi madre, pero siempre la he llamado tía, no sé por qué, y cuando regresamos nos marchamos a vivir a un piso nuevo, en otro barrio. En el que vivimos ahora, sí. Sí, me gusta, me gusta mucho, pero al principio me parecía horrible, era pequeño, tenía pocos muebles y no había jardín ni piscina.

¿Sabe cuándo me empezó a gustar? Pues fue una tarde que estaba en el parque con unos chavales del barrio que había conocido hacía unos días y no sé cómo uno de ellos dijo algo de subir a mi casa para jugar un rato en el ordenador. Yo dije, vale, veniros y probamos un juego que me acabo de descargar. Y, de pronto, cuando íbamos en el ascensor, me di cuenta de que no me importaba que entraran en casa. ¿Sabe por qué? Porque ya no estaba el olor. En esa casa no estaba y yo no me había dado cuenta. Como tampoco había notado que a mi madre ya no le molestaba que vinieran mis amigos. No, no se lo había preguntado ni ella me lo había dicho pero estaba seguro, segurísimo, de que no le iba a parecer mal. No se imagina lo bien que me sentí. El olor había desaparecido.

Me acuerdo que estuve toda la noche olfateando la ropa, los libros, todo lo que había traído de la otra casa, y nada, ya nada olía más que a lo que tenía que oler, a plástico, a sudor, a papel... Entonces empecé a estar menos enfadado con mi madre. No es

que la perdonara enseguida, ni que la entendiera, pero bueno, se me fue pasando el cabreo. Luego, pues ya sabe, el colegio nuevo, los amigos nuevos, un fin de semana sí y otro no con mi padre, mi madre que empezó a ponerse camisetas sin mangas porque ya no tenía cardenales en los brazos...

Vamos que todo iba bien hasta lo de Marta. Marta es mi chica. Bueno era mi chica, ya no. Ése es el problema, que estábamos muy bien y de pronto se le ocurre decirme que se ha acabado, que ya no quiere que sigamos saliendo. Yo me quedé hecho polvo pero, bueno, más o menos entendí eso de que éramos muy jóvenes, de que no se podía concentrar en los estudios y el año que viene ya tenemos la selectividad, de que quería salir más con sus amigas. Lo pasé fatal, la verdad, pero me aguanté.

Hasta el día que la vi con un tío. Tanto rollo y al final lo que pasaba era que le gustaba otro chaval. No es sólo que yo lo viera, es que una de sus compañeras de clase me explicó que había cortado conmigo porque ya le gustaba ése. En lugar de decírmelo, se inventó todo eso de la edad, los suspensos. Me entraron ganas de estrangularla. Y estrangularla no, pero pegarle... eso fue lo que hice el día que me encontré con ella a solas en la biblioteca del colegio. Que conste que no pensaba hacerlo. Lo que pasa es que la vi tan tranquila, como si no pasara nada, haciéndose la simpática conmigo, que me fui enfadando poco a poco, según la escuchaba. Al final, ya no supe ni lo que me estaba diciendo, la agarré del brazo y empecé a darle tortas. Ella gritaba y yo le pegaba más. Las bofetadas sonaban baf, baf, como si su cara fuese una bolsa de plástico. Cuando llegó el bedel y me separó de ella, la biblioteca entera estaba llena del olor, sí de ése, del olor de la casa en la que mi padre pegaba a mi madre.

Por eso he venido a contarle todo esto, no porque en el colegio me hayan obligado ni porque me hayan amenazado con expul-sarme si no colaboro para que me trate. Se lo estoy explicando porque en aquel momento, después de pegar a Marta, vi muy claro a qué había olido en mi casa y por qué. Y no quiero que ése

sea el olor de mi vida, es asqueroso, no quiero volver a sentirlo. Así que pregúnteme lo que le parezca pero cúreme porque ya no quiero parecerme a los hombres de mi familia.

LAS COSAS PERDIDAS

ERA LA NIÑA más brillante del colegio y después fue la chica más carismática de la Facultad. Tenía esa rara habilidad de hacerlo todo bien o de que pareciera que cuanto hacía estaba siempre bien hecho. Y, además, caía simpática. Muchas veces, de mayores, nos hemos reído cuando yo le contaba que sus primeros meses en el colegio –apenas tendríamos seis años– fueron para mí un verdadero martirio. Un día la señorita Sole, a quien todavía soy capaz de evocar con un odio impoluto y perfecto, la hizo subirse en un pupitre, en el centro de la clase, para que todas las demás contemplásemos y tomásemos como ejemplo la limpieza de sus rodillas y su vestido tras media hora de recreo. Lo peor es que era verdad, que era capaz de jugar como todas, correr, caerse, tirarse al suelo y arrastrarse boca abajo por el columpio sin que una mota de polvo, un araño o una arruga estropeasen su aspecto de princesa de cuento de hadas. Yo estuve muriéndome de envidia hasta poco antes de Semana Santa, cuando se hizo el reparto de cosas perdidas. Era una costumbre peculiar del colegio, basada en cualquiera sabe qué principio caritativo-justiciero, que consistía en lo siguiente: todos los objetos que se perdían u olvidaban en clase, lapiceros, pinturas, gomas de borrar, sacapuntas, incluso pendientes o sortijas con un rubí o un coral que entonces estaban de moda, eran guardados cuidadosamente en una

caja preparada al efecto y colocada en la mesa de la señorita; luego, el día de la patrona del centro, que por cierto no recuerdo cuál era, todas esos pequeños tesoros se distribuían según el criterio de la maestra entre las niñas que más méritos habían hecho a lo largo del curso. Es decir que, por ejemplo, un bolígrafo que una había dejado olvidado en el pupitre podía pasar legalmente a manos de la compañera con la que se pegaba todos las mañanas en el recreo. Esa vez, y como nunca la habían castigado por nada, a ella le correspondió un enorme lote de pinturas de colores, borradores, varias reglas y hasta un dedal de porcelana que ninguna sabíamos de dónde había salido. Todavía la veo, con su *baby* blanco y azul almidonado, el pelo rubio recogido en una coleta sin un solo pelo fuera de su sitio y los calcetines exactamente a la misma altura uno y otro, ni un centímetro más arriba o más abajo, mirando con absoluta serenidad a la señorita Sole y diciéndole en voz alta, esto no es mío y no lo quiero, yo nunca pierdo nada. Fue la primera y única vez que la castigaron pero sirvió para que yo perdonase su insoportable perfección y comenzase a admirarla. Nos hicimos amigas y hemos seguido siéndolo hasta hoy.

En la Facultad conocía a todo el mundo, a los profesores, a los chicos más activos de los cursos superiores, a los que andaban metidos en política y a quienes pertenecían por familia o clase a la elite académica. A nadie nos cabía la menor duda de que estaba destinada a ser importante, a hacer algo muy grande. Y ella, me parece, también lo creía así. A él lo conoció durante el último curso, en una fiesta que organizaban en Químicas para financiar el fin de carrera. Eran la pareja ideal porque también él tenía ese halo de éxito que nimba a los elegidos. Yo había dejado de sentir envidia hacía muchísimos años y me alegré de que encontrara a alguien digno de ella. En realidad no se trataba de alegrarse o no sino de aceptar el orden natural de las cosas: dos seres perfectos se habían conocido, enamorado y unido. Se casaron un año después, al poco de que él comenzase a trabajar en Repsol. Ella había decidido preparar oposiciones para profesora de instituto pero

los padres de él les dejaron un piso muy bien situado en la zona norte y, por el momento, con un sueldo les bastaba para empezar su vida en común.

A mí, la verdad, aquello de decantarse por la enseñanza media me sorprendió. Ella estaba hecha para la Universidad, todos los sabíamos. Me consta que al menos dos catedráticos le habían ofrecido dirigir su tesis doctoral, pero ella rechazó las ofertas alegando que enseñar a los niños le gustaba más. No me preocupé demasiado porque los preparativos de la boda nos unieron de una forma especial. Estaba tan involucrada en todo que, a veces, parecía que era yo la que iba a casarme en su lugar. Entonces no me di cuenta pero ahora, sabiendo todo lo que sé y después de lo que ha sucedido, advierto que ya entonces las cosas no eran normales. Ella, que tenía una habilidad innata para tomar decisiones, parecía dejarse llevar. El traje de novia lo elegimos prácticamente entre su futura suegra y yo, la celebración del banquete la organizaron el novio y su padre, y el viaje de luna de miel no recuerdo quién lo preparó. Pero, desde luego, la elección de Tenerife como destino era lo menos apropiado para ella. Nosotras habíamos estado imaginando viajes desde que teníamos doce años y yo esperaba que se fuesen a Perú, China o alguna isla de la Polinesia... ¡Pero Tenerife! Y el caso es que parecía contenta, quizá un poco apagada pero contenta. Yo achaqué su falta de entusiasmo a la ausencia de sus padres. Ellos vivían desde hacía un par de años en un pueblo de Burgos y su padre, al que conocía porque había pasado varios veranos en su casa, era un hombre muy raro, tanto que prohibió a su mujer venir a Madrid para ayudar a su hija en la preparación de la boda. Eso, me parecía, era razón suficiente para desanimar a cualquiera.

Sin embargo, la primera señal de alarma fue la compra de los muebles. El piso tenía algunos de cuando los padres de él habían vivido allí, cosas viejas –no antiguas sino viejas– que no tenían ningún valor ni podían gustarle a nadie. Durante semanas, las dos recorrimos las tiendas más modernas de Madrid y los lugares

más escondidos del Rastro eligiendo piezas únicas, algunas caras, otras casi regaladas, para convertir la casa en un precioso escenario de amor y refinamiento. Él no nos acompañaba nunca. Un día, cuando ya casi todo estaba elegido, fue con ella para ver todo lo que habíamos encargado. Esa misma noche, me llamó para decirme que, finalmente, habían decidido conservar los muebles de los padres, que tenían un gran valor sentimental para la familia de su futuro esposo, y que lo que faltara lo comprarían en El Corte Inglés, donde, al fin y al cabo, había de todo y también tenían cosas muy bonitas. Ese fue el primer día en que la sentí alejarse. De mí, por supuesto, pero también, y eso me pareció mucho más grave, de ella misma, de todo lo que había sido, soñado y pretendido. Las dos habíamos hablado cientos de veces del amor y esperábamos mucho de él pero yo comencé a preguntarme qué clase de pasión era ésa que oscurecía a una persona luminosa, que incitaba a asumir la mediocridad como medio de alcanzar la dicha. Aunque ella seguía pareciendo contenta, apagada pero contenta.

¿Qué podía yo decirle? ¿Que era preferible renunciar al amor de un hombre que a un futuro profesional lleno de expectativas? ¡Si ni siquiera yo estaba segura de tal cosa! ¡Si hasta era probable que estuviese volcando en mi amiga mis propias frustraciones porque aún no había encontrado un hombre que me quisiera lo suficiente y tal vez mi interés por el trabajo era sólo una huída hacia delante! ¡Si quizás la envidiaba de nuevo por ser capaz de rechazar lo que no le interesaba, como en el colegio! A lo mejor el verdadero éxito era eso, decidir lo que de verdad se deseaba, sin prejuicios, ni modas, ni imposiciones. Y si ella era feliz rodeada de muebles sin estilo, pensando en un trabajo que apenas requería esfuerzo por su parte... Y si el amor, como decían en las películas y en las novelas cursis, lo era todo...

Él volvió del viaje de novios exultante y nos enseñó a todos los amigos la enorme cantidad de cosas que había comprado en Canarias: dos cámaras de fotos, una de video, un despertador que

parecía atómico, una mini cadena de sonido, varias calculadoras. Ella apenas habló de su estancia en la isla. Sólo una vez la oí mencionar la belleza de un atardecer a los pies del Teide. Se le iluminaron los ojos y me pareció que volvía a ser la que yo conocía. Pero fue apenas un instante. En seguida se levantó del sofá, fue a la cocina y regresó con una bandeja llena de vasos y cervezas para los invitados.

Por otra parte, él parecía buena persona, emprendedor, constante, ambicioso. Después de la boda, seguí frecuentando su casa. Pasaron los meses y ella abandonó la oposición. No lo dijo de esa manera pero la fue dejando poco a poco, no sólo en el sentido práctico, porque cada vez estudiaba menos y casi no asistía a las clases en la academia, sino en un aspecto más profundo, posponiendo primero y luego rechazando la posibilidad real de aprobar algún día. Yo tenía la impresión de que, en aquella casa y en aquella vida, él ocupaba cada vez más espacio y ella cada día menos. No obstante, tardé mucho en sospechar que él estuviese ejerciendo algún tipo de presión sobre mi amiga. Más bien creía que era ella la que, voluntaria y conscientemente, en un ejercicio de generosidad incomprensible para mí, se colocaba siempre y en todo en un segundo plano para que él pudiese destacar. Como si no quisiera hacerle sombra. Como si tratara de sentirse orgullosa de él renunciando a su propio orgullo. Porque, de lo que no me cabía duda, es de que él no sentía la menor necesidad de admirarla ni saberla admirable.

No fue algo repentino. Al contrario, se trató de un proceso lento y, por tanto, casi inapreciable. Empezó a desdibujarse. Un día, se le notaron las raíces del cabello sin teñir; otro, apareció una arruga en sus vaqueros; y al siguiente, tenía un par de uñas rotas. Perdió aquel aspecto de persona impecable y serena que siempre había tenido. Cuando le preguntaba si le pasaba algo, respondía que todo iba perfectamente bien, que era muy feliz y el matrimonio un estado maravilloso. Yo no dudaba de las maravillas del matrimonio en general –¿por qué iba a hacerlo, si no lo

conocía?— pero sí de las del suyo en concreto. Además, ya nunca hablábamos de nada. Quiero decir de cosas importantes. Me contaba lo bien que le iba a él en los negocios, las reformas que pensaban hacer en la cocina, lo amigas que se habían hecho su madre y su suegra, el apartamento que iban a alquilar en Cullera para las vacaciones. ¡Cullera, Dios mío, ella pasando un mes entero en un apartamento de playa! No es que eso en sí mismo fuese malo, ni muchísimo menos, sino que no correspondía a su universo mental, o al menos al que yo conocía. Pero, del mismo modo que pasaba el verano en lugares que antes le habrían parecido insostenibles, mantenía conversaciones que en otras personas y otros años le hubiesen resultado banales. Dejaron de existir las películas independientes, las novelas de autores poco conocidos, las exposiciones de pintura, los conciertos, las caminatas por el campo, los fines de semana en pueblos casi abandonados... Y yo me decía que si la vida en pareja era eso, bendita fuese la soledad para siempre.

Pero no, la pareja no era aquello. Lo comprobé cuando conocí a Santiago y nos casamos. El matrimonio, en efecto, podía ser algo espléndido, lo cual me sirvió para constatar que el suyo no era feliz, por mucho que ella se empeñase en afirmar lo contrario. Me preguntaba, en aquella época, si a quien trataba de convencer de su satisfacción era a sí misma o a los demás. No llegué a responderme de una manera definitiva porque la vida de las dos entró en una nueva fase: nos quedamos embarazadas casi al mismo tiempo. Yo no me atrevía a decir, casi ni siquiera a pensar, que su embarazo no me parecía oportuno. ¿Por qué el mío era una cosa buena y el de ella no? Manías mías, me decía, sospechas sin sentido, sentimientos injustificados de superioridad que a saber qué miserias ocultaban. Aunque, la verdad, por mucho que yo me culpara de malpensada, no era lo mismo. Desde el primer día, comenzó a vivir la maternidad como una excusa. Renunció por completo a sus anteriores expectativas y se dedicó en cuerpo y alma a cuidar de su familia en el sentido más estricto del térmi-

no. No salía, no se arreglaba, no trataba con casi nadie. Su existencia se redujo a él, al niño y a un entorno asfixiante en el que sólo tenían cabida las madres de ambos y el padre de él, porque el de ella había fallecido de repente, poco antes del nacimiento de Víctor, a causa de una hemorragia cerebral aunque nosotras siempre creímos –y esto es una muestra de que algo de humor aún le quedaba entonces– que más bien habría sido producto de una rabieta.

Un día advertí que nuestro contacto era casi exclusivamente telefónico. Hacía muchos meses que, por una razón o por otra, no nos veíamos. Los niños habían cumplido ya los tres años y, al fin, tras mucho insistir, logré que una tarde quedásemos para pasar la tarde en el parque de atracciones. Fue entonces cuando supe, ya sin ninguna duda, que mis sospechas estaban justificadas y mi amiga era terriblemente desgraciada. Esta vez no lo negó. Estaba tan derrumbada que ya no tuvo ni siquiera fuerzas para disimular. Sí, su vida era un desastre. Ella no valía para nada, todo lo hacía mal. No sabía llevar la casa, no sabía ser madre, no sabía ser esposa. No tenía ningún sentido práctico, a pesar de que se esforzaba en no pensar tonterías y adaptarse a la realidad. Él tenía mucha paciencia, intentaba enseñarla; pero ella era tan torpe, tan torpe...

Creo que aquella tarde perdí la inocencia. Me refiero a esa clase de candor que nos inclina a suponer que podemos servir de algo, no ya al mundo, lo cual pasados los treinta años se nos ha demostrado imposible, pero sí al menos a las personas a las que amamos. Sentí que no podía ayudarla o, para ser más precisa –y esto no es una excusa–, que ella no me iba permitir ninguna clase de auxilio. Aquel día, y luego muchísimos otros, intenté convencerla de que no tenía por qué soportar una situación semejante, que era una persona valiosa, que quien la había convencido de lo contrario no la quería, en fin, que no podía permitir que su marido la maltratase, porque de maltrato psicológico se trataba, sin duda alguna. Aquel día, y luego muchísimos otros, ella repetía que él la

quería a pesar de sus defectos, que era ella quien no le merecía, que no podía imaginar la vida sin él... Y más tarde, cuando llegó la violencia física, tampoco pude hacer nada salvo escucharla llorar y, alguna vez, limpiarle con agua oxigenada las heridas de la cara porque se negaba a ir a urgencias para que la curasen.

Escucharla, verla, simplemente pensar en ella era como entrar en un pozo oscuro y sin aire. Reconozco que hubo ocasiones en las que descolgué el teléfono para saber cómo estaba y volví a colgarlo porque me angustiaba la idea de escuchar de nuevo sus lamentos o sus mentiras o sus excusas –todo podía ser–, repetirle una vez más que saliese de aquella casa y aquella vida, que cogiese a su hijo y abandonase todo lo demás y, al final, quedarme con una sensación de asfixia tan intensa que tenía que salir a la calle para ver el cielo, los escaparates, la gente caminando, los árboles plantados en su sitio y convencerme de que el mundo no era sólo el lugar horrible en que ella vivía. Pero cuando no la llamaba me arrepentía y me sentía miserable. Era mi amiga, y si no hacía lo único que podía hacer, conseguir que se sintiese acompañada, ¿qué clase de amistad era la mía?

Todas las situaciones evolucionan, en un sentido o en otro, nada se mantiene inmutable. La de ella empeoró. Y llegó un momento en el que tuve que decidir. Decidir, sí, y además entre opciones que ni siquiera había imaginado que existiesen. A mí –y a ella– nos habían educado en el respeto a la intimidad, en la indiscutible certeza de que la vida privada, lo que sucede tras la puerta, es inviolable, y cualquier intromisión en ese terreno no se puede tolerar, es de mal gusto. En el fondo, sigo pensando que eso es así, hay algo en ese axioma que no puedo cuestionar. Sin embargo, en aquellos días, me preguntaba si esa compostura no era una forma de indiferencia o, incluso, un modo de eludir el compromiso con el dolor de los demás. Me debatía entre la necesidad de ayudarla a pesar de sí misma y la inconveniencia de inmiscuirme en algo tan sagrado como el ámbito familiar. Al final, como sucede casi siempre, no decidí sino que me dejé llevar por un

impulso, aunque, quién sabe, puede que sin las dudas anteriores no hubiese sido capaz de hacer lo que hice.

Aquella tarde, cuando la llamé, él no debería haber estado en casa. Yo conocía bien sus horarios y únicamente la llamaba si suponía que estaba sola. Tardó en descolgar el teléfono y, cuando lo hizo, me pareció que estaba llorando. Tampoco eso era una rareza. Pero escuché la voz de él al fondo gritando: “date prisa, puta, aún no hemos terminado”. A continuación ella me dijo: “luego te llamo”; y colgó. Tuve la certeza, la absoluta seguridad de que le estaba pegando. No lo pensé. Marqué el número de la policía.

La verdad es que tampoco sirvió de mucho. Por lo menos, a ella no. Aquel día no hubo denuncia y, más tarde, cuando comenzó a haberlas porque cada vez las palizas eran más brutales, las lesiones más graves y en los hospitales en los que la atendían se formulaban los partes obligatorios a la policía, ella se negaba a respaldarlas con razones que me resultaban incomprensibles. Pero a mí, tengo que reconocerlo, aquella llamada a la policía me valió para aliviar la conciencia. Ya no podía hacer nada más por ella y esa certeza, junto con su rencor por haberme atrevido a hacer público lo que consideraba una vergüenza íntima, enfrió nuestras relaciones. Yo continuaba llamándola con frecuencia para interesarme por sus problemas y ella, de tanto en tanto, me contaba el horror en que se había convertido su vida, aunque sólo para desahogarse. Lloraba un rato, me explicaba la última atrocidad de su marido y un par de días después volvía a tener noticias suyas pero de una índole totalmente distinta: era muy feliz, todo iba bien y lo que me había contado era una versión exagerada de la realidad, cosas de sus nervios. De modo que, un día, me di cuenta de que había perdido definitivamente a mi amiga y apenas me quedaba una relación incompleta, abstracta, que ninguna de las dos rompía de manera total pero cuyos lazos eran tan frágiles como mi compasión y su desvalimiento. La echaba de menos, como si hubiese muerto, con el agravante de que no sabía llorar por ella.

Hasta que la semana pasada resucitó. Me llamó para que la ayudase porque iba a pedir el divorcio y se marchaba de casa. Estoy segura de que va en serio, lo he notado en su tono, en las palabras que ha empleado, hasta en la manera en que dijo hola al entrar. He reconocido en cada detalle esa extraña capacidad de los seres humanos para sobrevivir a todo, eso que algunos llaman milagro. Ella y el niño han pasado dos semanas con nosotros. Hemos hablado muchísimo durante estos días y, sin embargo, aún no sé con exactitud qué la ha inducido, por fin, a tomar esta decisión. Debe de haber sido algo terrible pero no hemos entrado en pormenores porque no eran necesarios y porque, en el fondo, a las dos nos apetecía mucho más conversar acerca de cosas importantes: lo bien que se conserva Harrison Ford, la primera vez que fuimos a París, la manera de comer el chocolate negro para disfrutarlo del todo... Igual que hace años. Esta mañana, como abogada suya, la he acompañado al Juzgado. El letrado que representa a su marido y yo habíamos acordado ya las cláusulas de la separación, una de las cuales contempla que ella renuncia a seguir viviendo en el piso que ha sido su hogar conyugal y del que podría disfrutar hasta que Víctor sea mayor de edad o termine sus estudios. El Juez, cuando lo ha leído, le ha recordado que puede habitar en esa casa y le ha recomendado que ejerza su derecho. Entonces ella se ha levantado, con el traje de chaqueta azul sin una sola arruga, la melena corta y rubia perfectamente lisa, y le ha dicho, con la voz más tranquila que nunca se ha escuchado en una Sala, esa casa no es mía, Señoría, y yo no quiero más que lo que me pertenece. Me he sentido absolutamente orgullosa de ella y, sobre todo, muy feliz. No sólo porque ella también va a volver a serlo sino por una razón tal vez un poco egoísta pero que voy a permitirme sin ningún remordimiento: he recuperado a mi amiga.

CINCO PASOS

LUCÍA ESTÁ sentada muy rígida en el sofá de cretona con árboles y puentes japoneses estampados en tonos azules, las piernas muy juntas, la espalda separada del respaldo, la falda un poco por debajo de las rodillas. Sujeta con la mano izquierda el platito y en la derecha sostiene la taza de té. Ambos son de porcelana blanca con unas pequeñísimas y delicadas flores de color violeta. Elegantísimos, piensa, tan refinados como todo lo demás, como las lámparas de lágrimas de cristal, las alfombras persas o ese increíble mueble-bar de caoba y cristal.

Seguro que es una pieza antigua y, a lo mejor, ni siquiera muy cara. Elena sabe reconocer lo bueno, no como ella que sólo está segura de que algo es valioso cuando mira el precio y aún así luego resulta que se ha equivocado... Defecto de familia, está claro, puede que la niña, después de todo, no sea tan diferente de ella misma. No, eso sí que no, una tendrá muchos defectos, admite, y no estará educada para distinguir lo bonito de lo feo, pero desaprovechar una oportunidad, nunca, lo que se dice nunca, mientras que la niña...

Elena ha dejado de remover el azúcar, sin hacer el menor ruido con la cucharilla, lo que tiene la buena educación, se dice Lucía, y bebe un poco de té. Elena tiene las piernas cruzadas pero de lado, de esa forma tan distinguida, igual que las princesas de las revistas, claro que estando tan delgada como está debe ser fácil,

ella lo intenta pero con esos tobillos no queda igual, qué le vamos a hacer, la clase se nota hasta en los kilos.

–No entiendo nada, Lucía –suspira Elena–, de verdad que no lo comprendo. ¿Qué más puede pedir tu hija? En esta familia se lo hemos dado todo, yo no sé qué más puede querer.

–Pero si es que yo tampoco lo entiendo –contesta Lucía, dejando el platillo y la taza sobre la mesa de mármol negro–. No sé que te puedo decir... Es mi hija pero, la verdad, siempre ha sido rara. Desde pequeña. Y mira que su padre que en paz descansa y yo hicimos todo lo que pudimos para educarla, que ya te he contado muchas veces cuánto nos sacrificamos para que estudiara, para que fuera a buenos colegios y luego a la Universidad... Toda la vida sin darnos un capricho con la intención de que la niña llegara a ser algo más que nosotros y, ya ves, ahora va y lo tira todo a la basura...

Está a punto de echarse a llorar. Se retuerce las manos. Pero mira las de Elena, cuidadosamente colocadas una sobre otra y ambas sobre el regazo, y se contiene. La otra le devuelve la mirada y luego desvía los ojos hacia sus propias manos, esas que descansan sobre la falda de lana gris, largas, cuidadas, con la manicura bien hecha y pintadas de rosa perlado.

–Quiero que sepas –dice– que nosotros la hemos querido mucho y la hemos cuidado siempre muy bien.

–Ya lo sé, ya lo sé –la interrumpe Lucía.

–Desde el primer día que entró en esta casa ha sido como una hija para nosotros. Y mi hijo, bueno, tú has visto cuánto la quiere... Pero si siempre la ha tratado como a una reina...

Elena no acaba la frase. Las dos callan. Lucía vuelve a coger la taza y el platito. Se mira las puntas de los zapatos, que tienen ya tres temporadas pero que parecen casi nuevos, embetunados y abrillantados con todo cuidado antes de salir de casa.

–La ha tratado igual que su padre a mí, y yo siempre he sido muy feliz.

Elena ha dicho eso al tiempo que se erguía aún más en su

asiento y miraba al frente, hacia los tejados que se vislumbran tras los visillos de gasa. El azul intenso del cielo tiñe con su luz fría la mitad de la sala y las deja a ellas dos en penumbra. Ahora, inmóviles, podrían ser una pintura que alguien admirase desde fuera, más allá de los geranios del balcón.

–Hay que saber entender a los hombres. Se puede ser muy feliz si se aprende a llevarlos.

Esto lo ha dicho en voz baja, como si hablase para ella misma. Lucía sigue mirándose las puntas de los zapatos. Responde sin levantar la vista.

–Yo también sé lo que es aguantar a un hombre. Mi marido era muy especial. Aún más raro de lo que parecía. Buen hombre, eso sí, pero muy raro. Trabajador y honrado, nunca bebió, ni fue a los bares a gastar un duro, ni era mujeriego, pero tenía un carácter que... No como el tuyo, a mí nunca me levantó la mano, pero...

–¿Quién te ha dicho a ti que mi marido me ha levantado la mano? –grita Elena. Lucía la observa, sorprendida por su estridente tono de voz, y se encuentra con la mirada de una leona furiosa. Le brillan los ojos y le tiemblan los labios–. ¿Quién te ha dicho que mi marido me ha levantado la mano alguna vez? ¿De dónde has sacado tú eso?

–No te lo tomes así, Elena. Yo creí que estábamos hablando en confianza. No me lo ha dicho nadie, lo he visto yo. No, no. No he visto cómo te pegaba, claro que no. Pero, chica, las mujeres nos damos cuenta de esas cosas. Además, ¿no estábamos diciendo que a los hombres hay que entenderlos y saberlos llevar? Una de las cosas que yo siempre he admirado de ti, desde que nos conocemos, es la habilidad con que has sabido manejar a Raúl. Porque, bueno, sí, algún bofetón te habrá dado en un momento de nerviosismo, todos perdemos los papeles de vez en cuando y ellos más, ya se sabe, pero tú has hecho lo que no ha sabido hacer mi niña, poner buena cara y, al final, salirte con la tuya. Mira cómo vives, qué casa, qué ropa, qué joyas, qué viajes... En la vida todo cuesta algo, ¿no? Es cosa de saber lo que se quiere, lo que de

verdad importa. Un hombre es un hombre, siempre ha sido así, y si tiene su genio, pues te aguantas un ratito, que no pasa nada por tener un poco de paciencia. Luego... todas sabemos cómo se arreglan esas cosas: unas cuantas caricias y, si se es rico, como tu marido y tu hijo, te piden perdón con una pulsera o un abrigo de piel. Y tú a lucirlos ¡Que se mueran de envidia las otras, ésas a las que su marido no les toca un pelo pero van hechas unas zarrapastrosas!

Elena se ha ido relajando poco a poco. Mira a Lucía y asiente.

—Es que no estoy acostumbrada a hablar de esto, perdona. A mí no me educaron para contar mis intimidades a cualquiera, no como a los jóvenes, que parece que no tienen sentido del pudor y pueden hablar de todo... El matrimonio es cosa de dos, sólo de dos.

Se levanta y se acerca al mueble-bar. Saca una botella de ron cubano.

—¿Quieres un poco? Va bien para relajar.

—No, gracias, ya sabes que yo no bebo más que en las comidas.

Toma un vaso tallado de la vitrina y se sirve algo más de medio. Bebe un trago largo y suspira. Luego se acomoda, apoyándose en el respaldo del sofá y estirando las piernas. Vuelven a quedar en silencio hasta que Lucía se siente incómoda y empieza a hablar.

—Mi Tomás era un buen hombre, ya te digo. Y me trató siempre bien. Pero tampoco era como en las películas, no te creas. Su manera de tratar bien era no tratar. Si te digo la verdad, a menudo pienso que he pasado toda la vida sola. Cuando se murió, casi no noté la diferencia. El hueco, sí, y la cama vacía por las noches, y la falta de obligaciones durante el día, pero esa soledad de la que siempre he oído hablar, no. A lo mejor, ya te digo, es que nunca había estado acompañada. A la niña siempre la quiso mucho pero tampoco se lo demostraba. Era huraño y maniático. Pero, es lo que decíamos hace un momento, ¿qué le vas a hacer? ¿Separarte, como hacen ahora, simplemente porque no se entienden? ¡Como si hubiera mucho que entender! Hay que pagar una

casa, criar a los hijos, darles estudios.. ¡Pero comprenderse! Si yo hubiera tenido que comprender a un hombre que se pasaba las horas haciendo maquetas de barcos y después, cuando se prejubiló y volvimos al pueblo, cuidando la huerta, me habría vuelto loca. Se aguanta, porque para eso te has casado, y ya está.

El sol está comenzando a bajar y el cielo ha palidecido ligeramente. Ahora es azul claro y las sombras y las luces de la sala se delimitan sin contrastes.

–Tú hija no piensa como tú –afirma Elena. Parece que el ron, en efecto, la ha relajado. Habla a Lucía mirándola directamente a la cara.

–No, nunca ha pensado como yo. Ya te he dicho que fue rara desde pequeña. No sé de dónde sacaba esas ideas de que había que hacer cosas importantes en la vida. Puede que nos equivocáramos al hacer que estudiara tanto. Pero no, no creo que fuera eso. Hay montones de chicas que han estudiado y tienen buenos trabajos y, sin embargo, son de lo más normales. Mira, ella le llamaba hacer cosas importantes a viajar lo más lejos posible, a protestar por todo, a pasarse el día hablando de libros, cuadros y películas extrañas... Yo creo que andaba con gente poco conveniente. Por eso, cuando empecé a salir con tu hijo, me tranquilicé. Me pareció que por fin se dejaba de tonterías y empezaba a vivir como los demás. A mí tu hijo me gustó desde el primer momento. A Tomás, no, te lo digo con franqueza, a él no le gustó nunca, pero, vamos, eso no tiene la menor importancia porque a Tomás no le gustaba nadie. Yo creo que no se gustaba ni a sí mismo.

–A mí también me gustaba mucho tu hija. Tan guapa, tan educada, tan fina. Enseguida me di cuenta de que era la mujer ideal para mi niño. Me equivoqué, ya ves.

–Y, sin embargo, yo la enseñé bien. O, al menos, eso creía. Además, en el fondo, no se trata de que yo la enseñara mejor o peor, es que la realidad estaba ahí, en casa, a todas horas, y ella ha tenido que verla. Tú no sabes lo que es ser pobre, Elena. No te

imaginas lo que es llevar el mismo abrigo durante siete u ocho inviernos, no tener coche cuando ya todos tus amigos y vecinos se lo han comprado hace años, no poder cambiar los muebles ni los azulejos de la cocina, ir a la peluquería una vez cada dos meses, sólo para cortarte el pelo... Y todo porque tu marido se conforma con cualquier cosa, porque le falta ambición, arranque, porque cree que a su familia le basta con comer y tener un techo. Yo me empeñé en que la niña estudiara porque quería que tuviera lo que yo no tuve. Tu hijo se lo ha dado todo, y yo le he explicado un millón de veces que debería estar agradecida por tener un marido del que sentirse orgullosa, un hombre con prestigio, clase... Créeme, yo he hecho todo lo que he podido para convencerla de que tenía que ser más amable con él, más sumisa, más complaciente, más alegre... Pero no, ella siempre con esa expresión de infelicidad, de resignación. ¡No hay hombre que aguante eso! ¡Mira que se lo he repetido!

Otra vez el silencio. Lucía toma la tetera y se sirve un poco más de líquido.

–Ay, no, quita, quita. Se ha quedado frío. Espera un momento y preparo un poco más.

Elena va a la cocina y Lucía se queda sola. Piensa en la injusticia de la vida. Su hija ha rechazado todo aquello que ella más había deseado, con lo que durante años soñó, en el sentido más literal, todas las noches, en esos minutos, u horas, de duermela antes de que el cansancio la venciera, mientras Tomás roncaba a su lado y ella inventaba reproches que no era capaz de expresar en voz alta pero que repetía una y otra vez, como una letanía que sustituía a las oraciones y le dejaba un sabor amargo en el fondo del paladar. Elena regresa con la tetera caliente y unas galletas de chocolate. Le llena la taza de té y ella se sirve otro medio vaso de ron.

–Vamos a endulzarnos un poco la vida –dice, cogiendo una galleta y metiéndosela entera en la boca.

–Pues sí, Lucía –continúa–, a mí me gustaba muchísimo tu

hija. Estaba segura de que serían la pareja ideal. Y yo creo que lo hubieran sido, si ella hubiera sido capaz de entender lo que él quería. Porque mira, digas tú lo que digas, comprender es muy necesario. Mi hijo sólo pedía paz y alegría. Fíjate bien lo que te digo, paz y alegría, las dos cosas. Tu niña le dio paz, pero alegría no. ¿Sabes por qué? Porque le tenía miedo y se le notaba. Lo más importante es que le notaba, no que lo tuviese. A mí no se escapan esas cosas, a mí no. Conozco esa situación, la de tener miedo, del derecho y del revés. Y que conste que ahora ya no me asusta Raúl. Me costó mucho pero aprendí lo que había que hacer: estar contenta y tranquila. O parecerlo. Aún me acuerdo de hace años, cuando los niños eran pequeños. A veces, cuando él llegaba, estábamos todos viendo la televisión o ellos hacían los deberes mientras yo cosía. Nos sentíamos bien. De pronto, yo escuchaba la puerta del ascensor e inmediatamente después la llave girando en la cerradura. No te puedes figurar qué sensación era ésa, la de imaginarlo cerrando la puerta, colgando la gabardina en el perchero, atravesando el pasillo en cinco pasos, exactamente en cinco, yo los tenía bien contados, y, al fin, entrando en el salón. Recuerdo que yo cerraba los ojos al escuchar el primer ruido y no volvía a abrirlos hasta que él ya estaba frente a nosotros. Siempre pensaba, esta vez miraré y no lo encontraré observándome, habrá sido una equivocación, aún no habrá llegado... Pero no, nunca me equivocaba y allí estaba, de pie, estudiando cada uno de mis gestos para comprobar que tenía miedo y que podía asustarme aún más.

Lucía ha dejado de mirarla. La escucha como si estuviese muy lejos o como si su voz fuese un papel de seda, de aquellos que utilizaba para hacer patrones para la ropa de toda la familia, y a través de él veía otra cosa. Imagina a Elena tal y como se está describiendo a sí misma pero también ve a su hija en otra sala y frente a otro hombre. Las ve a las dos y siente el miedo de ambas.

–Pero yo aprendí, Lucía –sigue diciendo Elena– yo aprendí y

tu hija no. Tantos estudios para no ser capaz de entender lo más elemental. Yo me ejercité en la atención y en el disimulo. Descubrí las señales que me indicaban cuándo debía hablar y cuándo tenía que estar callada, en qué momentos podía pedirle algo y en qué ocasiones no me quedaba más remedio que esperar, a qué hora él deseaba una caricia y en qué situaciones no debía ni rozarle, cómo le gustaba la raya del pantalón, qué punto de sal había de tener la verdura, cómo le gustaba que colocase la comida en el frigorífico, en qué tono tenía que hablar con sus amigos... Sobre todo, aprendí a esconder mi miedo, a hacerle creer que yo hacía las cosas a su gusto sólo por complacerle, nada más que porque le quería y porque él lo merecía. ¡Los hombres son tan simples, Lucía! Se lo creyó todo, en especial lo de que no le tenía miedo, y partir de ahí todo fue muy fácil. Sólo se trataba de pedir en lugar de exigir, de conseguir en vez de reivindicar, de admitir que existía su benevolencia pero no mi derecho. La verdad, te lo confieso, es que aún le tengo miedo. Todavía se me encoge el estómago cuando escucho el ascensor y la llave en la puerta, pero él no lo sabe. Y eso es lo que cuenta. Justo lo que tu hija no ha sabido hacer.

El té ha vuelto a enfriarse y el vaso de ron está vacío de nuevo. El sol se ha escondido ya tras los tejados y la luz que entra por el balcón es de color naranja. Ahora todo es suave en el salón, como de caramelo. Las mujeres apenas pueden distinguir los rasgos de sus caras. Cuando hablan, se dirigen a un perfil, a una sombra.

—No sé de qué me hablas. Yo he vivido resentida pero nunca he sentido miedo. ¿De verdad crees que mi hija también estaba asustada?

—Por supuesto que sí. Ya te he dicho que soy una experta en esas cosas. Pero te repito que no importa. Yo he sido feliz a pesar de todo. Tú misma lo has dicho hace un rato, tengo todo lo que quiero, todo lo que una mujer puede desear. Si ella hubiese sabido maniobrar, mi hijo habría comido de su mano, como Raúl de la mía.

Elena se mira las suyas. Lleva tres anillos: el de casada, un solitario con un brillante y otro con una esmeralda engarzada en oro blanco.

—¿Ves éste? —señala la esmeralda—. Tu hija tiene uno idéntico. Fue un regalo de aniversario. Yo ayudé a elegirlo.

Ha alzado la mano y el último rayo de sol de la tarde reverbera sobre la transparencia verde de la piedra. Lucía recuerda ese mismo gesto de su hija, la mano levantada, los dedos estirados, la gema brillando, los ojos fijos en esa luz misteriosa. Los ojos. Mira a Elena y descubre en ella la misma expresión que en la niña cuando recibió la sortija. Es verdad, es —y era— una mirada vacía. Como si ninguna de las dos viera la joya sino otra cosa menos rutilante. Quizá los regalos no signifiquen lo mismo cuando se tiene miedo, piensa.

—Sólo por curiosidad —pregunta Elena—. ¿Dónde vive ahora tu hija? Creo que se ha ido lejos del centro, ¿no?

—Sí, a Leganés. Ha alquilado un piso pequeño, dice que para el niño y ella no necesita más. Y ha empezado a trabajar. Da clases de inglés en una academia y también algo de español para inmigrantes.

—Ya.

Elena ha pronunciado esa palabra como si hubiese hecho resallar un látigo. Se sirve un poco más de ron y lo bebe de un trago. Vuelve a erguir la espalda. Como si hubiesen llegado al final de algo. Lucía recuerda que había venido a esta casa para disculparse pero, de pronto, se da cuenta de que no sabe por qué debe pedir perdón..

—Mi hijo —dice Elena— es todo un hombre. Ella ha hecho muy mal en abandonarle y se arrepentirá. Él rehará enseguida su vida, ya lo verás, pero a ella le costará encontrar a otro que la quiera.

—Me parece que ya ha rehecho su vida— responde Lucía en voz baja. Y se sorprende al oír esa frase saliendo de sus labios. No está segura de creer lo que está diciendo pero las palabras han brotado solas, sin saber de dónde venían. Tal vez haya sido de los ojos

vacíos de Elena y de su hija, de ese miedo que ella no ha conocido pero que ahora le oprime el corazón, de la oscuridad en que ha quedado la sala.

–Ya –el látigo restalla de nuevo.

Lucía piensa que debe levantarse y decir adiós. Ya no hay nada más de qué hablar, en realidad, quizá nunca lo hubo. Qué cosas, se dice, ahora no recuerdo para qué he venido, lo sabía cuando llegué pero ya no, parece que esta tarde haya durado cien años. Un ruido interrumpe sus pensamientos. Se escucha el zumbido del ascensor y el rechinar de su parada. Mira a Elena y comprueba que ha cerrado los ojos. Al cabo de un instante, oyen el sonido de una llave en la cerradura, un rumor de ropa y cinco pasos, exactamente cinco, antes de que Raúl abra la puerta y entre en el salón. Elena, con los ojos ya muy abiertos, alza un poco la cabeza para que el hombre la bese en la frente. Lucía se repite que sí, que verdaderamente su hija ha sabido rehacer la vida.

EL AMIGO INVISIBLE

LUIS SE APRESURÓ a abrir la puerta del ascensor al propietario del segundo izquierda, como era su obligación y acostumbraba a hacer con el resto de los habitantes del inmueble. Pero, en el momento en que el hombre entraba, justo cuando una de sus piernas ya estaba en el interior y la otra en el aire, en el instante en que su cuerpo se alineaba con el borde de la caja y la plancha de bronce y cristal que Luis sujetaba, a éste le resbaló de las manos el pomo recién abrigantado y la puerta fue dar contra el hombro del vecino. El hombre protestó, dolorido por el golpe, y el portero se disculpó todo cuanto pudo y cerró tras él, esta vez con todo cuidado. Luego, cuando a través del cristal ya sólo se veían los pies del accidentado, dobló los dedos pulgar, anular y corazón de la mano derecha y con el meñique y el índice bien derechos, levantó el brazo y lo flexionó un par de veces, mientras sonreía mirando al ascensor.

A Luis le gustaba pensar de sí mismo que era un portero ejemplar, servicial, discreto y trabajador y, todo sea dicho, la mayoría de los vecinos del portal opinaba de igual modo. El del segundo izquierda era uno de los poquísimos que no estaba de acuerdo con su buena fama. Otra era la vecina del sexto derecha, que estaba alquilada y pretendía que el portero le resolviera los problemas de los que su casero no quería hacerse cargo. Y con el del ático

tampoco se llevaba nada bien, pero en este caso era porque el individuo tenía tres perros tan maleducados y agresivos como su amo que no respetaban ni los descansillos ni el portal y hacían sus necesidades en cualquier parte. Con estos dos últimos los motivos de las malas relaciones estaban claros y eran recíprocos y públicos en todos sus términos. Con el del segundo, las cosas eran diferentes. En realidad ese vecino no le había hecho nada a Luis ni a la comunidad, no era molesto, no daba trabajo extra, incluso había que reconocer que, antes, había sido amable. Antes, sí, puesto que ahora ya no lo era y, esto hay que admitirlo, por culpa de Luis.

Todo había empezado hacía mucho tiempo, unos seis años atrás para ser exactos. Los porteros, incluso los más reservados, se enteran de todo. En cierto sentido, en eso precisamente consiste su trabajo, en saber qué necesitan los vecinos en cada momento. A veces hace falta un saludo amable para aliviar un mal día, y otras uno circunspecto que muestre respeto y acreciente la autoestima; en ocasiones hay que hacer un comentario, aunque sólo sea acerca del tiempo, porque esa persona baja con ganas de sentirse simpática, o al contrario, espera que se le abran la puerta sin apenas mediar palabra puesto que llega de mal humor y no le apetece que nadie se tome confianzas con ella; en todos los casos hay que estar atento porque no es lo mismo el trato con un propietario cuando está solo que cuando viene con algún desconocido... En fin que, como aseguraba Luis cuando hablaba de su empleo, hay que ser un poco psicólogo si se quiere ser un portero de primera. Y no hay psicología posible si no se conoce a las personas.

Luis, como buen profesional, conocía bien a los habitantes del inmueble. Los del segundo izquierda habían llegado cuando él llevaba ya trabajando allí casi dos años. El piso era de los padres de él pero, al parecer llevaba deshabitado bastante tiempo. Al principio los dos le cayeron bien. Un matrimonio joven, simpáticos ambos, educados y muy poco molestos. Lo que hace el amor, se decía, cuando cada mañana –desde la ventana de su casa, antes

de empezar la jornada— la veía a ella ir a la panadería, a las siete en punto, para subir los churros calentitos y el pan recién hecho. Él bajaba media hora más tarde, ni un minuto más ni uno menos, para ir al trabajo, en una gran empresa petrolífera, según supo después. Luego, a eso de las diez, ella salía de nuevo para hacer la compra. Todos los días, siempre con fruta, verdura, carne y pescado frescos. Lo otro, el aceite, la leche, las legumbres, las conservas, lo subían del supermercado cada dos semanas. Por la tarde, a las cinco en invierno y a las ocho en verano, los dos salían juntos para dar un paseo. Eran, desde luego, personas metódicas. A Luis le hacía gracia verla tan joven pero tan responsable, tan metida en su papel de amita de casa. Lo que hace el amor, se repetía. Además era una mujer fresca, delicada, que siempre tenía un sonrisa y una palabra amable para todo el mundo. Y por si fuera poco, ¡era tan guapa!

Pero, con el transcurso del tiempo, empezó a pensar que aquel amor era, quizás, un poco raro. Ella envejecía demasiado deprisa, se apagaba, parecía cada día más triste, más callada. Empezó a caminar con la mirada baja, sobre todo cuando su marido la acompañaba, y a no entretenerse con nadie ni en circunstancia alguna, como si toda su vida hubiese de transcurrir necesariamente dentro de casa. Una casa que, por cierto, era casi una fortaleza porque excepto las madres de ambos, el padre de él y algún amigo de cuando en cuando —pero cada vez menos— nadie la frecuentaba. Con los vecinos se relacionaban muy poco pero Luis advirtió que ella hablaba a menudo con la del segundo derecha aunque, eso sí, sólo cuando él estaba fuera. Raro, pensaba, muy raro.

Lo de que una mañana ella apareciese con un pómulo amorado y respondiese a su pregunta de cortesía diciendo que había resbalado en el baño no hubiese tenido importancia si no hubiese sido porque la tarde anterior, al recoger las bolsas de basura del descansillo, había escuchado —sin querer, por supuesto— sus gritos, los de él y unos cuantos ruidos extraños que le parecieron golpes. Luis no sólo era buen portero. Era también un buen hom-

bre. Solterón, tímido, aficionado al mus y a las charlas con amigos de toda la vida, su soledad no le había inducido a la misoginia sino, muy al contrario, a una clase de adoración platónica por el sexo femenino en general y por las mujeres frágiles y hermosas en particular. Su primer impulso cuando dedujo lo que había pasado fue enfrentarse al marido y echarle en cara su conducta, incluso, si era necesario, amenazándole con avisar a la policía. Pero lo pensó mejor y se dio cuenta de que no podía hacer algo así. Lo que sucedía dentro de cada piso no era asunto de su incumbencia y, además, a los casi cincuenta años no estaba como para jugarse el empleo por nadie, ni siquiera por una señora tan agradable como la del segundo izquierda. De modo que se aguantó las ganas de cantarle las cuarenta al chulo aquel pero, cuando le vio regresar del trabajo como todos los días, con el traje bien planchado, el periódico y la cartera de cuero negro en la mano y ese aire de señor importante con el que caminaba, se puso a trastear en el cuarto de contadores para no tener que saludarle y abrirle la puerta. “Que se joda”, pensó. Y sintió que, de alguna manera, lo estaba castigando.

Con el tiempo, aquello de vengarse empezó a tener su atractivo. Al principio fueron apenas pequeñas omisiones y sólo los días en que tenía constancia de que había maltratado a la esposa. O los tres o cuatro días siguientes. A Luis se le olvidaba meter en el buzón del segundo izquierda la convocatoria para la junta de vecinos, desaparecía de la portería cuando veía al mensajero de la empresa que venía para dejar un paquete a su nombre o no se daba cuenta de que la luz los descansillos se había apagado mientras él subía. Cosas mínimas que el vecino no podía considerar ataques personales pero que lo eran y proporcionaban al portero una sensación de poder y bienestar francamente agradables.

Con el tiempo, la situación en aquella casa fue empeorando. Nació un niño pero eso no hizo al marido más amable. Luis sabía que la trataba cada día peor. En realidad, lo sabía ya todo el vecindario y hasta comenzó a hablarse de ello. Pero, claro, nadie se

atrevía a intervenir. Eran asuntos de familia. Una noche Luis tuvo un sueño muy raro: el tipejo del segundo izquierda estaba pegando a su mujer. Ella estaba en el suelo de la habitación, vestida con una bata azul claro que Luis había recogido una vez del patio porque se había caído del tendedero, y él la golpeaba con un cinturón larguísimo, parecido a un látigo pero con hebilla plateada. Se vio a sí mismo entrar en el cuarto y sujetarle el brazo al marido con toda facilidad, a pesar de que era un individuo dos veces más pesado que él y veinte centímetros más alto. Luis llevaba el uniforme de siempre pero los botones dorados eran mucho más grandes y brillaban de otra manera, como si fueran de un metal fosforescente. El otro le miró con espanto, soltó el cinturón y salió corriendo de la casa. Entonces se acercó a la mujer que aún estaba en el suelo, se inclinó sobre ella para ayudarla a levantarse y vio sus ojos húmedos y agradecidos. No recordaba más. Estaba seguro de que habían pasado otras cosas pero los ojos tristes de la mujer eran lo último que era capaz de recordar y le persiguieron durante toda la mañana. Los ojos y un sentimiento de fuerza que le era completamente desconocido en la vida real. Está bien esto de ser Superportero, se dijo a sí mismo bromeando mientras limpiaba el espejo de la entrada. Pero la imagen que le devolvió el cristal no era la de un superhombre sino la de un individuo delgado y bajito que no se atrevía a partirle los morros a un torturador porque temía perder su empleo. A última hora de la tarde ya no le quedaba nada de la excitación matutina y cuando vio al matrimonio salir a dar su paseo diario con el niño en su cochecito, como si fuesen una pareja ideal, sintió una cierta repugnancia por todo el género humano, y en especial hacia esos vecinos y hacia él mismo.

Sin embargo, aquel sueño hizo su efecto. Cada vez odiaba más a aquel tipo. Día y noche lo imaginaba pegando a su mujer con la correa, y la injusticia de la existencia, que lo condenaba a él a la soledad y a un monstruo como ése le permitía torturar a un ángel, le indignaba. Pasó de la omisión a las acciones. No sería nun-

ca Superportero pero ese imbécil se iba a enterar. Ya no se conformaba con desaparecer para no abrirle la puerta, sino que permitía que el picaporte se le escapase de las manos, como por descuido, y le golpease al entrar. Dejaba un poco más de cera de la necesaria en el portal cuando sabía que él iba a pasar para que resbalara con ella y un día hasta consiguió que se hiciera un esguince del que tuvieron que escayolarlo. O, barriendo la acera a primera hora, le acercaba disimuladamente una caca de perro para que la pisase. Una parte de sí mismo, la más consciente de la realidad, le decía que con eso no estaba ayudando a la mujer, pero otra, la que se conformaba con mínimos y que había regido toda su ya larga vida, se sentía orgullosa de él y le animaba a continuar con su venganza..

Claro que la revancha no es del todo satisfactoria si nadie la percibe. Luis empezó a pensar que era necesario que alguien supiese qué clase de tarea estaba llevando a cabo. No buscaba felicitaciones ni agradecimientos, tampoco que el objeto de sus pequeñas maldades le atribuyese a él sus continuas desgracias, pero tanta imaginación, tanto esfuerzo, tanto cuidado, debían servir para algo. Sobre todo eso, tenían que ser útiles. Pero, ¿para quién? No para él, eso sería vanidad y Luis no era presumido. Tenían que aliviar a la mujer, evidentemente, a la víctima de aquella penosa situación ya que, al fin y al cabo, para ella y por ella había empezado todo. Ahora bien, ¿cómo conseguir que su odio manifestado al torturador revirtiese en un beneficio para la torturada? No bastaba con molestarle. Es más, quizá sin pretenderlo la estaba perjudicando a ella puesto que el mal humor de los fuertes, ya se sabe, casi siempre acaba pasando factura a los seres más próximos y más indefensos. Tras mucho pensarlo, se dio cuenta de que la única forma de ayudar a la mujer era alejar a su marido de ella. Pero eso, desgraciadamente, estaba más allá de sus posibilidades. ¡Mierda de vida injusta!, se repetía Luis una vez más.

Fue precisamente en esa época cuando la policía intervino por primera vez. Alguien –no él, desde luego– había avisado de una

pelea doméstica. Esa primera ocasión sólo trajo consigo innumerables comentarios de los demás vecinos, cotilleos sin cuento y suposiciones de todas las clases. Pero en posteriores intervenciones policiales –que las hubo– Luis fue interrogado y aprovechó la ocasión para dar detalles que sólo un portero puede conocer. Así, la policía se enteró de que aquel individuo tan soberbio y educado insultaba a su mujer, le pegaba muy a menudo, la encerraba en el dormitorio y no la dejaba salir durante días, le impedía hablar con otras personas, la amenazaba con quitarle a su hijo... En algún momento pensó que ella conocería sus declaraciones y se las agradecería. Pero, por el contrario, fue él quien supo que, una tras otra, ella retiraba las denuncias y afirmaba que su esposo la quería y la trataba bien. Luis se desanimó pero no desesperó. La mujer le seguía pareciendo un hada, tan frágil, tan desvalida, y él continuaba sintiendo que, de algún modo, debía velar por ella.

La vida siguió su curso, más bien monótono. La mujer salía poco y lo hacía con más señales en la cara, Luis se apenaba por ella y se recriminaba por no ser capaz de ayudarla mejor, el marido siguió sufriendo pequeños y continuos accidentes en la escalera, la policía subía de vez en cuando al piso para investigar un parte dado en algún hospital... Las injusticias de esta mierda de vida, se repetía una y otra vez Luis, que cada noche se sentía menos Superportero aunque se vengara a diario de aquel miserable.

Una tarde, inesperadamente, la vio bajar con el niño y una maleta. Sabía que él estaba arriba y le extrañó que ella saliese sola. ¿Va usted de viaje?, le preguntó. Pero le bastó ver su cara desencajada y la forma en que volvía la vista atrás para darse cuenta de que se trataba de otra cosa. Estaba huyendo. Intentó coger la maleta pero ella dijo no, no, gracias, déjelo, tengo prisa. Y apenas acababa de salir del portal cuando Luis escuchó la puerta del ascensor que se cerraba con violencia en algún piso no muy alto y vio cómo se encendía la luz indicadora de bajada. Era él que la perseguía, seguro. Tardó un instante en darse cuenta de que aquella era su oportunidad, de que por fin podía ayudarla. Pulsó el

botón de parada del ascensor y luego, con toda la rapidez de que fue capaz, se introdujo en el hueco y manipuló los mandos para que la caja no pudiese moverse. Después, ya más tranquilo, desconectó el timbre de alarma y cerró la puerta. Por último salió a la calle y la vio a ella, casi corriendo, arrastrando al niño y la maleta. No tardó en alcanzarla. Le tocó el hombro y advirtió que ella, al volverse, le miraba con terror, como si él también fuese un enemigo. No se preocupe, señora, le dijo, déjeme que la ayude con el equipaje y espere tranquila a que llegue un taxi. No tiene usted ninguna prisa, créame. Su marido se ha quedado encerrado en el ascensor y, por desgracia, creo que al menos hasta mañana no van a poder sacarle de ahí. La mujer le miró con perplejidad, como si no entendiese de qué le estaba hablando. Luego, de pronto, pareció caer en la cuenta y le sonrió. Dejó la maleta en el suelo y le dijo, gracias, Luis, muchas gracias. Y entonces, definitivamente, se sintió un superhombre.

CANCIÓN MENOS TRISTE

CREO QUE me fijé en ella porque me sonó su cara. Es una mujer atractiva, la verdad, y quizá la hubiese mirado de todas formas, pero me llamó la atención porque estaba seguro de que la había visto en algún sitio y no conseguía recordar dónde. Al principio se me ocurrió que ésa era la excusa perfecta para abordarla, sobre todo porque es la de siempre y las dos partes saben enseguida a qué atenerse cuando se utiliza, pero en este caso, además, era verdad, con lo cual podía dar incluso mejor resultado. Pero lo pensé bien. Por más que lo intentaba, no lograba situarla en ningún escenario. Mira que si luego resultaba que nos conocíamos de algo desagradable, que era la novia de un camello o algo así. De manera que me quedé un buen rato en la barra, procurando ocupar la mente en otra cosa, a ver si olvidándola, de pronto me venía a la cabeza quién podía ser aquella mujer rubia, delgadita, con la camiseta azul y los vaqueros ajustados. Pero no podía dejar de mirarla, era muy guapa y los ojos se me iban tras ella. Al final, una media hora y tres cervezas más tarde, decidí acercarme y decirle algo. Total, lo peor que me podía pasar era que ella sí me reconociese a mí y, nunca se sabe, a lo mejor yo le había resuelto un problema y me estaba agradecida.

Estaba a sólo tres pasos de la mesa que ella ocupaba con sus amigas cuando se llevó la mano a la cabeza y se echó el pelo hacia

detrás de la oreja. En ese instante la recordé. Claro, cómo iba a reconocerla si estaba tan cambiada. Pero era ella, no había duda. La había visto varias veces en la comisaría y al menos dos en su casa, en un piso precioso del barrio de Salamanca, de modo que aún me sorprendió más encontrarla en un bareto de Chamberí en el que acaba de actuar un grupo de música étnica. Nunca se me hubiera ocurrido que ése fuera su estilo pero hay que reconocer que no desentonaba nada allí. En cualquier caso, me di la vuelta y no le dije nada. Si en ese momento alguien me hubiese preguntado por qué lo hice, no hubiera sabido contestarle, fue un simple impulso, un mecanismo automático parecido al que me permite esquivar el golpe de un pandillero o la navaja de un traficante. Es curioso, me doy cuenta ahora que lo digo y que comparo aquella situación con otras de riesgo, sí, en realidad eso es lo que me pasó, que me sentí en peligro.

La primera vez que la vi estaba sentada frente a Márquez. Me pareció mucho mayor que ahora. Llevaba un jersey de cuello alto de color rosa y el pelo suelto echado sobre la cara. Pero ni siquiera el peinado podía ocultar del todo las manchas amarillentas en la sien y el pómulo derechos. Me fijé en ella de la misma manera que lo había hecho docenas de veces antes en otras mujeres y como lo he seguido haciendo luego en otras muchas, con una mezcla de lástima y repugnancia. Me dan pena, llegan tan desvalidas, tan asustadas, tan recelosas. Pero, por otra parte, me recuerdan a los animalitos en sus jaulas, inquietos, sucios. No, no digo que ellas sean sucias, no es eso, pero el miedo es como un hedor y esas mujeres lo llevan siempre encima. Recuerdo que una vez, tendría yo once o doce años, mi tío Pascual me llevó a ver sus perros de caza. Mi tío criaba perros y yo había oído hablar a menudo de su jauría, la mejor de la provincia, según decían los amigos de mi padre. Los perros siempre me han gustado, en realidad me gustan todos los animales, y aquella visita me hacía ilusión. Fuimos en coche hasta la finca, a unos quince kilómetros del pueblo y luego seguimos caminando entre los olivos, por un sen-

dero de tierra que subía y bajaba las lomas verdes. Bajo los árboles crecían la hierba y unas diminutas flores amarillas. Creo que era al final de la primavera y el campo, tan de mañana, olía a fresco. En una hondonada vimos una caseta, un pequeño pabellón blanco, alargado, con un par de ventanucos y techo de uralita. Aquí están mis tesoros, dijo mi tío, mientras abría la puerta metálica. Y sí, allí estaban, quince perros atados a argollas metálicas que se pusieron a brincar y a ladrar en cuanto nos oyeron, antes incluso de vernos. Había recipientes vacíos de comida volcados en el suelo y cacas de la noche anterior. Olía horriblemente mal, a suciedad, a encierro, a miseria. Luego supe que mi tío los trataba muy bien, los limpiaba y daba de comer cada día, los sacaba para que corrieran y disfrutaran del aire libre. Pero aquella primera impresión de horror no la he olvidado jamás, y muchas veces me he preguntado qué pensarán los perros –si pueden pensar algo– acerca de esa vida privilegiada. Bien, pues estas mujeres que acuden a la comisaría maltratadas, doloridas, me producen la misma sensación que los perros de mi tío, me quedo paralizado frente a ellas, no sé que decirles, me asusta su miedo, es tan grande y se nota tanto...

Pero, además, está Márquez. Él lleva muchos más años que yo en el Cuerpo. Tiene experiencia. Y, cuando hablamos de ellas, me cuenta la forma en que retiran las denuncias y defienden a sus hombres aunque las estén matando. Son casos perdidos, asegura mi compañero, no les queda dignidad. No hay que preocuparse tanto por ellas, a la mayoría les gusta vivir de esa manera. Márquez, todo hay que decirlo, es bastante misógino, su mujer le dejó hace años y yo creo que aún no se ha recuperado, aunque presuma de ligues y aventuras. Yo, la verdad, no puedo imaginar que a nadie le guste que le torturen y le desprecien pero lo cierto es que sí, que retiran las denuncias, juran que se han dado un golpe con la bañera y se ponen como fieras cuando les preguntas si su marido les pega. A mí, ya digo, me asustan.

Aquel día, el primero, estaba sentada frente al escritorio de

Márquez, muy tiesa en la silla pero con la cabeza baja. Debía de haber terminado la comparecencia porque la vi firmar y levantarse. Salió como salen todas, con un aire de resignación que conmueve. Le pregunté a mi compañero y me dijo, lo de siempre, un parte del hospital porque la han tenido que atender en urgencias y una declaración asegurando que resbaló en la cocina, hasta que un día de estos la mate y ya tenemos otra para la estadística. Márquez, a pesar de sus tonterías, es buena gente. Yo creo que está cansado, son muchos años con lo mismo y se siente inútil. Una noche, tomando unas cervezas, se desahogó conmigo. Si es que así no vamos a ninguna parte, me decía, te dan pena, te preocupas, te cabreas cuando un juez hace una chapuza, y luego llega el capullo de turno, las convence de que las quiere y ellas tragan y volvemos a empezar. Hace un par de años tuve un caso increíble, a lo mejor te acuerdas porque salió en los periódicos, una chica muy guapa, cajera en un banco. Había pasado por aquí cuatro o cinco veces. El tío con el que vivía le rompió la clavícula y la convencimos para que hablara con una trabajadora social y luego con un abogado. Conseguimos que firmara una denuncia y le facilitaron alojamiento en una casa de acogida. Bueno, pues tres semanas más tarde el cabrón aparece en la puerta del banco con no sé cuantos ramos de flores y una pulsera, se pone de rodillas delante de todo el mundo y le grita que no puede vivir sin ella y que le perdone. Le perdonó, claro. Un mes después estaba muerta. Y tú te quedas hecho polvo, preguntándote qué nos pasa a las personas... No, nada de implicaciones, que firmen donde tienen que firmar y se acabó.

Volví a verla por allí en alguna otra ocasión. Y una vez, no, dos, fueron dos, acudí a su casa porque alguien, no ella, nos había avisado de que se oían gritos y golpes. Creo que se me quedó grabada su cara porque al entrar en el piso me acordé de la perretera de mi tío. No, que va, no estaba sucia, todo lo contrario, era una casa impecable, grande, llena de muebles y objetos caros, pero me dio la impresión de que no era su sitio, el de ella, quiero

decir. Yo siempre he pensado que entre las casas y las personas hay una relación, como entre los perros y sus dueños, pero más clara, más definitiva. Al fin y al cabo, el hogar es algo que uno se construye poco a poco, según su personalidad. Pues bien, en la de ella no existía ese lazo. Era como si estuviese allí invitada, de paso, o quizás atada a una arandela invisible con un cuerda que tampoco se veía. En las dos ocasiones nos dijo que no pasaba nada, había sido una pequeña discusión familiar y no había qué denunciar. El marido no estaba. Ella tenía una voz suave y una manera de hablar pausada, tranquila. Recuerdo que pensé que Márquez tenía razón, conmovirme sólo iba a servir para hacerme daño.

En fin, que aquella noche, en cuanto me di cuenta de quién era salí corriendo. Asustado, ésa es la verdad, porque la mujer me gustaba, yo creo que me había atraído desde el primer momento en que la vi, pero cualquiera se enrolla con alguien como ella. Un par de semanas después, otro sábado, volví al mismo local, de hecho es un sitio que frecuento a menudo. Y allí estaba la rubia de nuevo, creo que con las mismas amigas. Me extrañó porque, si algo distingue a las mujeres maltratadas, no es precisamente su intensa vida social. Pensé que tal vez había roto con su marido, lo cual desbarataría la teoría de Márquez de que ninguna tiene arreglo y, de paso, me dejaría a mí el campo libre para abordarla. Estaba pensando cómo le iba a entrar, cuando empezó el concierto. Esta vez era un grupo brasileño, con mucho ritmo, y a la tercera o cuarta canción casi todo el público estaba de pie, bailando. Era un buena ocasión para aproximarme y hablar con ella, pero en el último momento volvió a faltarme valor. Otra vez me sentí atenazado por algo indescifrable pero muy profundo que me impedía acercarme.

En días siguientes pensé mucho en esa extraña actitud mía. Al final llegué a una conclusión. Lo que me gustaba de esa mujer, además de su aspecto físico, era el instinto de protección que despertaba en mí. Y lo que me aterrorizaba era la obscenidad de

su vida matrimonial, o de lo que yo sospechaba que había en su matrimonio. Era como un sentimiento de vergüenza ajena pero llevado al extremo. Yo conocía esa clase de vergüenza. La había experimentado de pequeño, cuando mi familia se trasladó a vivir a Madrid y nosotros éramos los paletos, los raros. Mi madre salía a la compra con una toquilla de lana negra sobre los hombros y en la mesa el vino se servía en porrón. Ahora, eso es apenas una anécdota pero para un niño de ocho o nueve años era un drama. Yo no quería volver a experimentar nada parecido e intuía que ella provocaría en mí una incomodidad similar a la de mi niñez. O peor aún, puesto que se trataría de realidades o suposiciones mucho más dolorosas. La gente habla a menudo de la vergüenza ajena pero no sabe lo que quiere decir. No es avergonzarse por lo que hacen los demás sino vivir las actitudes de los otros como si fueran propias y sentirse contaminado por la suciedad del prójimo. Eso, por supuesto, sólo ocurre con personas a las que se ama o se ha amado, o que están muy cerca de ti. Yo pensaba que si ella llegaba a formar parte de mi vida, su pasado, en cierta forma, también sería mío. Un pasado humillante, infectado como una pierna gangrenada o un grano lleno de pus, pero que no por eso me pertenecería menos.

En realidad, la vergüenza es un sentimiento externo, o mejor dicho, no es posible más que de cara al exterior. Si no hay terceros respecto a los que mantener una cierta imagen, no hay posibilidad de sentirse avergonzado. Yo me daba cuenta de esto y también de que mi felicidad no podía depender de lo que los otros opinaran de mí y de lo mío. Además, a estas alturas de la vida, ya he descubierto que hay dos clases de otros: los que están muy cerca y te proporcionan placer o dolor, y los que están más o menos distantes y no pueden, ni siquiera aunque lo pretendan, hacerte feliz ni desdichado. Sin embargo, pensándolo bien, esos últimos eran el público que me preocupaba y ante el que yo temía sentir bochorno si me acercaba a ella. Ciertamente, era absurdo preocuparme por opiniones que no podían afectarme o por per-

sonas a las que nada debía, pero la presión de los demás existe, y negarla es otra forma de dejarse vencer por ella. Ignorar la fuerza del enemigo es darle armas demasiado poderosas. Sé de lo que hablo. En aquellos años a los que me he referido, recién llegados a Madrid, ser diferente fue una tortura. Cuando mucho después empecé a valorar la independencia de criterio, ser uno mismo por encima de todo y contra todo, llegué a enfadarme conmigo mismo por haber cedido a la tentación de querer parecer otra cosa. Lo que yo debería haber hecho, decía para mí y repetía en voz alta a mis amigos más íntimos, era estar orgulloso de las costumbres de mi pueblo, aceptar la cultura de mi familia y de mis antepasados. Sí, dicho de esta manera suena bien. Pero en el fondo también es una postura, una conducta artificial que estaba de moda cuando yo tenía veinte años y acerca de la cual había reflexionado tan poco como sobre la anterior. Lo cierto, creo, es que hay que conocer lo pesada que es la carga de la opinión ajena para enfrentarse a ella. No es que no se pueda, es que es muy costoso. Significa un esfuerzo adicional durante cada hora y cada minuto del día, en todos los lugares y todas las circunstancias. Yo llevaba pantalones por encima de la rodilla cuando todos mis compañeros los usaban largos, y mi padre me recogía a la puerta del colegio con una boina en la cabeza. Eran cosas insignificantes, de acuerdo, pero yo tenía que reconocer ante todos y cada uno de los chicos que acababa de llegar a Madrid, que había nacido en un pueblecito de León, que mi padre había sido carbonero. Incluso los profesores me lo preguntaban. No todos lo criticaban ni se reían de mí, pero hasta ante éstos era diferente. Y la diferencia pesa, pesa mucho, más de lo que pueden imaginar los que nunca la han experimentado

También estaba la culpa. La de ella. Me refiero a que, en el fondo, muy en el fondo, yo sospechaba que era en alguna medida responsable de lo que le había pasado. Me preguntaba qué clase de persona soporta durante años vejaciones y maltratos. Sobre todo, me inquietaba suponer que tal vez había en ella, al

igual que en su ex marido, algo infame. A estas alturas, ya había llegado a la conclusión de que se había separado. En realidad, había averiguado su dirección y tenía una idea bastante aproximada del tipo de vida que llevaba. Vivía con su hijo en Leganés, en un piso sencillo del centro, y daba clases en una academia. Nada parecido a lo que yo había visto cuando las primeras denuncias. En cierta forma, ese cambio la hacía aparecer ante mis ojos casi como una heroína. Una mujer capaz de renunciar a una buena casa y una posición desahogada era, sin duda, una persona valiente. Pero luego, quizá sólo para no hacer concesiones fáciles a mi deseo de tratarla, me decía que tampoco había que dejarse engañar por las apariencias. Decidida podía ser pero, ¿qué más era? ¿A qué estaba acostumbrada en la intimidad? Y, por encima de cualquier otra cosa, ¿sería yo capaz de soportar que mis conocidos me preguntasen dónde la has conocido, cómo empezaste a salir con ella? Esas interrogantes, tan inocentes cuando la respuesta es la habitual, son como pequeñas dagas si hay que explicar circunstancias no del todo normales.

Seguía sin decidirme. Pensaba casi continuamente en ella pero aún me parecía peligrosa. Al cabo de varias semanas, casi llegué a sentir una cierta repugnancia, no sabía muy bien si hacia ella, hacía mí o hacia la situación en general. Estaba cansado. Fue entonces cuando Márquez apareció con el perro. Era un cachorrillo de raza indefinida, un chucho de color canela y patitas largas que miraba a su alrededor con ojos inquietos. Había entrado, nadie sabía cómo, al patio donde daban las ventanas de la comisaría. Anda, quédatelo, dijo mi compañero poniéndomelo en los brazos, necesitas un poco de compañía. He dicho antes que me gustan todos los animales y en especial los perros. Es verdad, pero nunca he permitido que ninguno entre en mi casa. A los amigos les digo que es porque mi ritmo de trabajo me impide cuidar de un animal como es debido. Es cierto pero sólo es una parte de la verdad. Lo que me ocurre es que, cada vez que pienso en un bicho cautivo recuerdo la perrera de mi tío, aquel infierno

al fondo del olivar. Aunque parezca increíble, sólo una vez fui al zoológico y casi me dio un ataque de nervios cuando me acerqué a las jaulas de los leones y los tigres y noté un olor similar al de aquella jauría. Mis padres nunca llegaron a saber las razones de mi disgusto, rarezas del niño, dijo mi madre. De modo que cuando Márquez me dio el perro y yo lo imaginé en mi casa, creí sentir de nuevo la náusea de mi infancia, toda junta, intensa, insoponible.

Como es natural, no me quedé con el cachorro. El pobre anduvo varios días por allí sin que nadie se hiciese cargo de él definitivamente. Lo alimentábamos, le hacíamos caricias, jugábamos con él, pero ninguno lo adoptábamos. Era un animalito cariñoso y alegre. En cuanto alguien le decía una palabra o le hacía el menor arrumaco, comenzaba a dar saltitos y a mover el rabo. No sé de quién fue la idea de llamarle Suache, de Schwarzenegger, y con ese nombre se quedó. Era una broma un poco cruel porque el perro era una mezcla extraña de razas diversas, patilargo, menudo y poco proporcionado, vamos, lo menos parecido a un supermacho de especie humana ni canina. Pero afortunadamente los animales no entienden esas bromas –al menos, eso espero– y él iba corriendo de acá para allá, tan contento, cada vez que le llamábamos.

Después de dos semanas, y cuando ya casi se había convertido en la mascota oficial de la comisaría, Marisa Millán, la de pasaportes, se lo llevó a casa. Tenía razón, aquél no era sitio para un perro. Yo lo eché de menos, mucho más de lo que nunca me hubiera figurado. Me había acostumbrado a él, a sus carreras de mesa en mesa, a que me mordisqueara las botas. Márquez, como casi siempre, acertó en su diagnóstico. Claro, me dijo, es muy bonito eso de disfrutar el cachorro pero sin ninguna responsabilidad. Jugamos con él, le hacemos cuatro cucamonas pero que lo cuiden los demás. Así cualquiera.

Suache me había distraído un poco de la mujer, en la cual ahora volvía pensar con la misma intensidad de antes. Me sentía solo.

Empecé a frecuentar su barrio, únicamente para contemplarla de lejos y ver cómo se desenvolvía. Cuanto más sabía de ella, más me gustaba. Una tarde la vi salir de su casa con un perro, un dálmata precioso y me sorprendí pensando que a una mujer como ella no podía apetercerle tener perro. Alguien con su pasado, con un hijo, una situación económica delicada y quién sabe qué otros problemas, ya debía de tener bastante con sobrevivir, era imposible que le quedasen energías y afecto para depositarlos en un animal. La seguí de lejos y me pareció serena, incluso feliz. Era uno de esos días fríos y azules de comienzos de la primavera. Cuando ella entró en su portal yo me senté en un banco, confuso, sin ganas de pensar en nada pero con el cerebro en plena actividad. Y de pronto, me di cuenta de que era yo, y no ella, quien tenía algo que solucionar y que decidir. Era yo el que tenía miedo y vergüenza, era yo quien proyectaba en ella mis sentimientos más oscuros. Era yo, en definitiva, el que necesitaba amor y no sabía cómo procurármelo. Estuve allí sentado hasta que oscureció. En el edificio de enfrente comenzaron a iluminarse las ventanas y yo elegí una para imaginar que era la suya. Saberla cerca me sugería una cierta placidez, una agradable sensación de seguridad. Me la figuré poniendo la mesa y cenando con el niño, frente al televisor. Seguramente, pensé, es de las que prepara verdura y pescado por la noche, para mantener la línea. Era una mujer como todas, quizá un poco más sabia, porque había sufrido, y una pizca más valiente, puesto que había optado por no padecer más. Y tenía un perro.

Cuando me levanté de aquel banco hacía mucho frío. La noche había caído totalmente y las estrellas brillaban como esquirlas de hielo. Echaba de menos la calidez de un cuarto de estar, de una cena en compañía, de una voz que comentara el telediario. Me juré a mí mismo que al día siguiente, sin falta, hablaría con ella. Pero no cumplí mi promesa, es decir, no del todo: aún tardé casi una semana en atreverme.

REALITY SHOW

—**A**HORA ME doy cuenta de que debería haberlo hecho antes pero, qué quiere, cuando yo era joven no había divorcio y una estaba educada para aguantarlo todo. Ojalá yo hubiese nacido unos años después... Pero, mire, nunca es tarde para disfrutar de la vida. Yo, hoy por hoy, soy feliz con cualquier cosa, viendo la televisión, dando un paseo con una vecina, haciendo la compra. Estoy tranquila y la existencia, con tranquilidad, es una maravilla —dice la mujer. Es muy mayor, tiene la cara arrugada y los ojos hundidos. Aunque la han maquillado con esmero, ni siquiera la cámara es capaz de disimular los años y la falta de cuidados.

A ella no le interesan estos programas testimoniales, en realidad no le interesa nada, pero a veces, como hoy, se queda sentada frente al televisor y no es capaz de apagarlo ni de cambiar de canal. Sólo se pregunta qué puede inducir a las personas a relatar sus miserias públicamente, qué satisfacción o qué recompensa pueden encontrar en hablar de lo secreto, de lo vergonzoso, porque dinero parece ser que no pagan en estos espacios.

—La primera vez que me pegó fue durante el viaje de novios. Fuimos una semana a Zaragoza y un día, al salir del Pilar, un vendedor me regaló una rosa y me dijo que una flor para otra flor.

Yo era muy guapa entonces, la verdad, ahora puede parecer increíble pero era una chica muy bonita. Bueno, el caso es que llegamos al hotel y me dio un bofetón diciendo que yo iba provocando y que a él nadie le dejaba en ridículo. Era celoso, sí, pero eso lo supe después. En aquel momento creí que había hecho algo malo y me sentí muy culpable y muy avergonzada. No sabía qué falta había cometido, pero si él lo decía...

Ella, recuerda, fue de viaje de novios a Tenerife. Le hubiese gustado ir a China o a Perú pero él dijo que una luna de miel no es un circuito turístico y que de lo que se trataba era de estar juntos y solos. Era una perspectiva romántica, o así se lo pareció entonces, los dos en la playa, de noche, paseando abrazados por la arena tibia y mojada... A ella no le pegó pero las cosas, verdaderamente, no fueron como esperaba. Él se comportó con tanta frialdad, con tanto desinterés hacia ella y hacia todos sus deseos... Son cosas difíciles de explicar, nunca podría contarlas en un plató de televisión. De hecho casi no recuerda los acontecimientos aunque sí el sentimiento de tristeza, la amargura que le produjeron. Es como una piedra en el fondo del estómago, algo pesado de lo que no puede librarse cuando piensa en sus sensaciones de aquellos días. No sabe con exactitud qué fue lo que falló, tal vez aquella mañana desayunando en la terraza cuando él empezó a leer el periódico y se enfadó mucho porque ella le interrumpió, o la manera en que se daba la vuelta en la cama después del amor y no permitía que ella le abrazara mientras dormía...

Una noche, al poco de llegar a la isla, soñó que estaba casándose de nuevo. Pero la ceremonia era muy diferente de la auténtica. La iglesia era oscura, estaba llena de rincones y puertas tapiadas. A su lado estaba el novio, su novio, pero cuando el sacerdote le hacía la pregunta de rigor y ella estaba a punto de contestar que sí, le miraba y se daba cuenta de que aquél no era el hombre con quien deseaba casarse. Entonces gritaba no, con éste no, pero el cura comenzaba a bendecir la unión. Ella se dirigía a su padre y le pedía, ayúdame, no es éste, hay un error, no es éste, pero él

sonreía, como todos los demás y ella escuchaba la voz del párroco, porque también él era el auténtico, el que ella conocía, diciendo, yo os declaro marido y mujer. Entonces su novio, ya su esposo, la besaba y ella sentía un miedo indescriptible porque sabía que todos se habían confundido y que ahora tendría que vivir para siempre con el que no era, con el que no era...Estas cosas, en efecto, no se pueden contar en televisión. En realidad, simplemente no se pueden contar. En ningún lugar ni a nadie. No se pueden confesar ni a una misma. Son aberraciones, monstruosidades. Lo cierto es que ella es feliz, tiene un marido que la quiere, un hijo precioso, una existencia cómoda. Ella no tiene nada que ver con esta mujeruca que habla en televisión.

—Hay cosas todavía peores que una paliza. Eso es, no sé cómo decirlo, el colmo, el límite de lo que una puede soportar, aunque luego resulte que se aguanta y se vuelve a aguantar. Pero se puede explicar y casi todos lo entienden. Lo peor es lo otro, el día a día, el miedo, la falta de confianza, la vergüenza, sentirse diferente a los demás, miserable, desgraciada —continúa la mujer, mientras se le humedecen los ojos y la cámara se aproxima para mostrar todo el dramatismo del momento.

Sí. Lo Otro. Es curioso, entiende a la perfección las palabras de la anciana. Lo Otro es difícilmente expresable pero existe, pesa y duele. Es la carga, la piedra. Levantarse cada mañana sin esperanza, sin proyectos, esperando apenas llegar a la noche sin demasiados incidentes. Dormir sin sueños y no querer despertar porque no hay ninguna razón para volver a levantarse. Pensar en el día siguiente como en un muro negro que no se podrá traspasar por falta de fuerzas y, sin embargo, cruzarlo para encontrar otra tapia sombría esperando. Lo Otro es sentirse única, mirar a la gente que camina por las aceras o compra en las tiendas y sospechar que todos son felices menos tú, que a todos les ocurren cosas interesantes menos a ti. Es tener ganas de llorar y no poder, sentir que estás tirando de un carro pesadísimo que no va a ninguna parte ni transporta nada.

–No se imagina usted –le dice la mujer a la presentadora– lo que yo he trabajado. Me ocupaba de la casa, de los niños, que tenía que llevarlos al colegio a cinco kilómetros de distancia, hasta que el mayor fue lo bastante grande para cuidar de sus hermanos, de la huerta y los animales, iba a la recogida de la aceituna y a vendimiar. Y sí, él también trabajaba, en la envasadora, pero cuando acababa la jornada ya no tenía nada más qué hacer, se iba al bar a jugar una partida y volvía cuando volvía y de la manera que volvía.

Qué vida tan horrible llevan algunas personas, reflexiona. Son las cuatro y cuarto de la tarde. Está tumbada en el sofá, ante el televisor, dejando pasar el tiempo hasta que llegue la hora de ir a buscar al niño al colegio. Se pregunta si sería capaz de soportar algo como lo que esa mujer está describiendo. No, no podría. Apenas tiene energía para hacer la compra, preparar la comida y la cena y tener a punto la ropa de su marido. Si no tuvieran asistente se moriría. “¿Qué me está pasando?”, se interroga al tiempo que nota la angustia instalándose en la boca del estómago e impidiéndole respirar. “Llevo una existencia envidiable y soy tan infeliz... Tienen razón todos, mi marido, mi madre, mi suegra, soy caprichosa e inestable. Debería estar contenta y agradecida y en cambio, esta tristeza, constantemente la tristeza”.

–Sí, siete hijos. Y no vinieron más porque el último parto se complicó y ya no pude volver a quedarme embarazada, que si no... ¿Que si eran hijos deseados? Pero, ¿cómo se pueden desear los hijos? La verdad es que ahora que son mayores me doy cuenta de que tengo algo bueno con ellos pero cuando eran pequeños no había tiempo para disfrutarlos, como hago con mis nietos. No, entonces ya tenía bastante con sacarlos adelante: darles de comer, lavarlos, vestirlos... No sé si él era buen padre o malo, la verdad es que no los trataba tan duramente como a mí pero tampoco les hacía mucho caso.

El suyo fue un hijo deseado. Al menos su marido lo quería y ella cree recordar que también. Pero, en el fondo, es difícil discer-

nir entre los deseos de él y los propios. Si lo piensa bien, advierte que él siempre ha impuesto su voluntad, ha conseguido que ella haga suyas sus opiniones, sus criterios y sus necesidades. El nudo del estómago se aprieta. No, esos pensamientos no son convenientes, perturban, duelen. Es natural que una pareja acabe teniendo la misma forma de ver las cosas, eso es la convivencia, amoldarse uno al otro, llegar a acuerdos... Ella siempre se ha adaptado a él y además lo ha hecho sin esfuerzo por su parte, como algo natural y debido. Él... Bueno, él es más fuerte y sus razones son más poderosas. No tiene nada de malo dejarse guiar por quien sabe más.

—Creo que me pegaba porque sí, porque no sabía hacer otra cosa. Al principio yo creía que hacía mal las cosas y, claro, intentaba que todo estuviera a su gusto. Pero no servía de nada. Cuando tenía ganas de meterse conmigo, acababa encontrando una excusa, la que fuera. Me acuerdo que un día le puse la comida y en la mesa estaba la barra de pan entera. Así era como lo hacía siempre, a él le gustaba partir el pan cuando lo iba a comer, para que no se secara, decía. Bien, pues ese día me pidió que lo cortara yo y, al hacerlo, cayeron unas pocas migas en el mantel. Es lo normal, ¿verdad? Pues no, no lo fue. Cogió una de las miguitas, la miró por todos los lados, como si fuera algo importante, luego me escudriñó a mí durante un rato muy largo, yo ya estaba temblando por dentro, me imaginaba lo que iba a venir después, y efectivamente dijo, eres una guarra, en voz muy baja, muy baja, que casi no se oía, y de pronto me dio un bofetón tan fuerte que me tiró al suelo con silla y todo. Así un día y otro día y otro. Ya no sabía cómo acertar, bueno, es que ni intentaba atinar, daba lo mismo, lo único que podía hacer era rezar para que viniese de buen humor.

En eso se deben parecer todos los hombres. El suyo también es así. O no, todos no. Ella conoce algunos que son de otra manera. Los maridos de sus amigas, es decir, de las pocas que le quedan, los que conoció de soltera, sus profesores, sus compañeros. Aun-

que, la verdad, qué sabe ella de cómo son todos en la intimidad. Tampoco él se manifiesta del mismo modo en la calle y en casa. Además, quizá es el tiempo lo que los transforma. Antes era más tierno, más amable, la escuchaba. ¿De verdad alguna vez fue tierno, amable, atento? Otra vez el nudo, de nuevo la angustia. ¡Es tan difícil distinguir lo real de lo imaginado! A veces cree recordar que él tenía todas esas cualidades pero cuando intenta ejemplarizarlas en un momento concreto nunca encuentra un instante que le sirva. Halla, eso sí, su esperanza, su deseo de que él haga o diga algo a lo que aferrarse para constatar que es como ella quiere que sea, pero sólo eso, la expectativa, nunca la confirmación.

—¿El sexo? Tampoco sé qué decirle. Debe ser bonito, en las películas parece que está bien —la mujer traza una mueca maliciosa que tal vez pretende ser una sonrisa—, pero para mí siempre fue una cosa difícil. Al principio, cuando le quería, procuraba que me gustase. Hacía y decía todo lo que él me pedía, aunque me pareciera raro, y me esforzaba en que se me notase que lo pasaba bien. Pero la verdad es que no, que no sentía nada y entonces me decía a mí misma que era una mala esposa, que si se daba cuenta dejaría de quererme. Luego, fue él quien dejó de importarme y el sexo, ¡imagínese!, para mí como si no existiera. A él si le gustaba. Cuando tenía ganas no preguntaba, a veces se ponía cariñoso, otras ni eso, me tumbaba donde se le ocurría y, hala, ya está... como los animales, no como en el cine.

Los animales no te empujan de cara a la pared contra los azulejos del baño, te bajan las bragas, te abren de piernas, te joden y te dejan ahí de pie, sin siquiera mirarte ni decirte una palabra. Los animales no te dan una paliza y luego te obligan a chupársela para volver a pegarte después porque te has atrevido a mancharles con la sangre que te habían provocado con sus golpes. Los animales no te ponen la punta de un cuchillo en el clítoris y te dicen que un día, mientras duermes, te lo van a cortar. Los animales no te dan patadas en el vientre cuando estás embarazada

de ocho meses porque no puedes colocarte en la postura que ellos quieren. No. Seguro que los animales no hacen esas cosas que él le ha hecho a ella tantas veces, seguro que no.

—Pero a veces me decía que me quería. Yo, al principio me lo creía. A lo mejor porque tenía ganas de creérmelo. O porque, cuando le daba por ahí, me trataba bien. Sí, me hacía regalos o me invitaba a tomar algo en el bar, con los amigos, y les decía, miradla, mirad qué bonita es mi reina. Entonces yo me sentía orgullosa, contenta. Luego ya no, aprendí que todo era mentira. O puede que fuera verdad y que, a su manera, me quisiera, pero me daba lo mismo. Yo ya no lo soportaba a él. Pero ahí seguía, aguantando. Nadie me había dicho nunca que se podía hacer otra cosa más que aguantar y si me lo dijeron alguna vez me pareció imposible, una cosa que no estaba a mi alcance. Me parece que una vez pensé en el divorcio pero fue una tontería. Había ido a la peluquería porque se casaba una sobrina y en una revista leí que Carmen Sevilla y su marido se habían separado, fijese si hace años de lo que le cuento. A mi me gustaba mucho Carmen Sevilla, bueno, aún me sigue gustando, y pensé, yo también tendría que separarme, me iría a vivir a Barcelona, con mi hermana, y buscaría trabajo, de asistenta o de lo que fuera, aunque lo que siempre me ha hecho ilusión ha sido ser dependienta, pero enseguida me di cuenta de que no podía ser, aquello sólo eran fantasías, dónde iba yo con siete niños, a ver en qué tienda me iban a contratar.

Ella está segura de que la quiere. Se lo ha dicho muchas veces y se lo ha demostrado otras tantas. Le ha enseñado lo maravillosa que puede ser la compañía de otra persona. Ella recuerda lo que es despertarse y arrebujarse en la tibieza de otro cuerpo, dejarse abrazar y besar en el cuello, escuchar palabras tiernas, saberse deseada. Conoce la sensación de confianza que producen las palabras de un hombre cuando afirma que te cuidará siempre, que no permitirá que nunca te suceda nada malo. Y sabe también que la errónea, la defectuosa es ella, que al final él siempre tiene razón y por eso se enfada, porque pierde la paciencia ante su

ineptitud, su falta de cuidado y su constante tristeza. Si pudiese estar siempre contenta, guapa, si tuviese seguridad en sí misma como otras mujeres, él la trataría bien porque, en el fondo, acerca de eso no tiene dudas, no le gusta castigarla, es que no tiene otro remedio, ella es tan torpe...

—Ahora me parece increíble haber aguantado tanto. Los niños se hicieron mayores y yo seguía con él, no sé si por costumbre o porque ya había perdido la esperanza, o quizás porque ya no me podía imaginar otra manera de vivir. Si quiere que le diga la verdad, ni yo misma entiendo qué es lo que la ata a una a un individuo así pero yo recuerdo que, cuando lo pensaba, me asustaba quedarme sola. Alguna noche que él llegaba tarde, me figuraba que me había abandonado, que ya no volvería a verle nunca, y me ponía enferma. Sentía verdadero pánico y sólo me acordaba de las cosas buenas... ¿Cuáles? Pues no sé, la verdad, no podría decirle, pero entonces sí que se me ocurrían, y le estoy hablando incluso de los peores tiempos. Daba igual lo que hubiera pasado el día anterior, pensaba en quedarme sola y me moría de angustia, así que cuando llegaba le perdonaba todo, todo, y no me importaba que el martirio volviera a empezar.

Ella sí sabe lo que ata a una mujer a esta clase de hombres. Aunque aquello está muy lejos, casi en otra existencia, aún recuerda alguno de los cientos de libros que leyó, las buenas películas que vio y las conversaciones apasionantes que mantuvo. Hace milenios estudió que lo que une de una forma más irrevocable y destructiva es la insatisfacción. Es fácil enfrentarse a lo estrictamente malo, y lo impecable puede llegar a hastiar, pero lo imperfecto constituye un atractivo al que es casi imposible sustraerse. Si el esposo de esta mujer que continúa desgranando sus miserias ante millones de desconocidos, o el de ella misma, hubiesen sido monstruos las veinticuatro horas del día, ninguna de las dos hubiese soportado la convivencia con ellos. Pero su marido, y con seguridad también el de anciana, son encantadores a ratos. Una cree, entonces, que ésa, la bondadosa, es su verdadera naturaleza

y que la otra, la insana, es un artificio ocasional debido a las circunstancias. De modo que se afana en recuperar a la buena persona que está escondida en el fondo de su personalidad y para ello tolera al innoble. No importa que sea el malvado el que se deje ver a todas horas, una sabe que el bueno existe y basta con que aparezca muy de tanto en tanto para que la búsqueda y la espera estén justificadas. Ése es el origen de la tensión perpetua, de la tristeza, de la ansiedad que nadie, salvo quien la vive, es capaz de comprender.

—Reconozco que a menudo me ha dado pena. Es muy desdichado. Desgraciado también —y la mujer se ríe de su propia broma— pero eso es otra cosa. Lo que quiero decir es que su maldad no le vale para nada, no le aprovecha. Siempre me han hecho gracia esas películas que ponen a veces en la tele, esas que tratan de psicópatas o de nazis que disfrutaban torturando y descuartizando a la gente. Según parece, les gusta hacer esas cosas, se sienten felices después de haberse cargado a alguien. A mi marido no le gustaba pegarme, no se quedaba satisfecho después de hacerlo. La mayoría de las veces me pedía perdón, incluso lloraba. Y era de verdad, no fingía. Yo creo que no podía evitarlo, que tenía dentro una cosa negra que le obligaba a comportarse así conmigo, precisamente con la persona a la que más quería. Sí, sí, a su manera me adoraba, pero claro, imagínese qué maneras de querer...

Ella, en cambio, no cree que su marido sea desdichado. Él está muy satisfecho de sí mismo, seguro de que se comporta de la forma correcta y de que su actitud es siempre la adecuada. Si la castiga es porque cree que lo merece; si la premia, también. Él nunca le pide perdón, sencillamente no habla de las sanciones ni tampoco de las recompensas. En su familia, que por cierto también es la de ella, se recuerda a sí misma, lo que más abunda es el silencio. Las cosas pasan según un orden natural que, por evidente, ni siquiera ha sido necesario definir. En su hogar existen unas relaciones entre causa y efecto que son muy fáciles de detec-

tar: si todo está como debe estar, su marido la ignora o la premia; si algo no se encuentra a su gusto, la castiga. Pero ella, que es lo bastante inteligente para comprender las reglas en toda su estremecedora claridad, no es, sin embargo, capaz de cumplirlas. E incluso cuando las acata lo que hace de tal manera que su disgusto es manifiesto y, por lo tanto, punible. ¡Si aprendiera a disimular sus sentimientos!

—Un día me miré al espejo y vi que tenía setenta y dos años. Él tenía setenta y seis. Los dos éramos viejos, no íbamos a tardar mucho en morirnos. En ese momento, de pronto, me entraron ganas de vivir. Y, además, me di cuenta de que aún podía. Estaba harta de ver a personas de mi edad que viajaban, hacían gimnasia, iban al cine. Así que me decidí y hablé con mis hijos. A ellos les pareció muy bien, un poco tarde, como me dijo la mayor, Feli, que tiene una lengua muy suelta, pero bien. Lo más gracioso ocurrió cuando fuimos por primera vez al abogado, mi hijo Fernando, su mujer y yo. En el primer momento, creyó que los que se iban a divorciar eran ellos y no se puede figurar la cara que se le quedó cuando le dijimos que no, que la que deseaba separarse era yo. La verdad es que lo entiendo, a mi edad ya no se suele estar para estos trotes. Pero luego me parece que hasta a él le hizo ilusión llevar el caso, era original. La jueza también se sorprendió, según me contaron, pero creo que le caí simpática. Y ahora, con la pensión que me pasa el indeseable de mi ex marido —mira que suena bien decir ex marido, parezco una de las de las revistas—, y lo que me ayudan mis hijos, pues tan ricamente, me hago algún viajecito con el Imsero, me he apuntado a un club de la tercera edad, tengo amigas, vamos, que soy otra persona.

Se levanta y va al cuarto de baño. Tiene treinta y seis años. Aún puede vivir mucho. Se acerca al espejo y se mira las sienes. Unas arruguitas pequeñas pero perceptibles le rodean los ojos. Treinta y seis años, exactamente la mitad que la señora de la televisión. La mitad de la vida para ser castigada y premiada por su marido,

para no tener concentración suficiente que le permita leer ni ganas de ir al cine ni ocasión para ver un museo. La mitad de la vida para aguardar una palabra amable que siempre es insuficiente, una caricia que se convierte en puñetazo. La mitad de la vida deseando que el día pase con rapidez, que llegue la noche y el sexo dure poco, que el sueño y el olvido lleguen pronto. La mitad de la vida esperando la muerte. Se mira de nuevo y empieza a llorar pero ahora las lágrimas brotan con fluidez, casi como una caricia. El nudo en el estómago empieza a deshacerse y la inunda una tristeza enorme, grandísima pero muy limpia. Le queda la mitad de la vida.

—Yo no supe que era una mujer maltratada porque antes, a estas cosas, no se les ponía nombre. Eran vicisitudes de las familias, nadie hablaba de ellas. En algunos casos, si el asunto era muy grave, podía ser que un hermano o un padre intervinieran y le dijeran algo al marido pero eso tampoco solía servir de mucho. Durante años, creí que mi vida era normal, triste y dura, pero como la de todo el mundo. Cuando mis hijos fueron mayores empecé a darme cuenta de que eso que se veía en las películas no era pura invención. En la vida real también había hombres que mimaban a sus mujeres y mujeres que amaban a sus hombres en lugar de tenerles miedo y asco. Empecé a pensar que, a lo mejor, se podía vivir de otra manera. Pero también estaba segura de que esa otra vida no era para mí. ¿Que por qué? Pues no sé, porque no me la merecía, o porque no era para personas ignorantes como yo, o sencillamente porque algo tan bueno no podía ser mío.

Ha vuelto al salón y ha escuchado las últimas palabras de la mujer. No hay nadie que no merezca dignidad y satisfacción, se dice mientras nota que la furia crece en su interior. ¿Cómo se puede llegar a pensar que la felicidad nos está prohibida? Se queda de pie frente al televisor, mirando a la vieja. Se fija en que lleva un collar de piedras verdes sobre una blusa blanca y va peinada de peluquería y con las uñas pintadas. Es mayor, ha tenido una vida horrible y, sin embargo, aún tiene la energía suficiente para

intentar parecer pulcra. ¿Cuánto tiempo hace que no me tiño el pelo?, se pregunta..

–Se lo repito. Yo no sabía que era una mujer maltratada.

–Yo sí lo sé –se dice esta vez en voz alta–. Yo sí lo sé, pero no quiero reconocerlo.

De pronto nota que la piedra de su interior desaparece. Se siente ingrávida, ligera. Mira la hora y advierte que falta poco para que el niño salga del colegio. Rápidamente, casi de un salto, cruza la sala y se dirige al armario donde están las maletas, saca una, la lleva a su dormitorio y comienza a llenarla con abrigos, vestidos, faldas y ropa interior. Luego toma otra y hace lo mismo con las prendas de su hijo.

–...Cuesta mucho dar el primer paso, es verdad, pero luego ya todo es fácil, mucho más sencillito de lo que una se imagina...

Esto ya no lo ha escuchado. Ha cogido el bolso y baja las escaleras de dos en dos para no llegar tarde al colegio. ¡Hace tantos años que no corría! Claro, no había para qué. Sonríe y repite en voz alta las palabras de Bertolt Brecht que una vez, hace mucho tiempo, en otra vida, pronunció en una función de teatro:

“Lo mejor será una sola palabra: No.”

Í N D I C E

«Presentación», por JOSÉ RICARDO MARTÍNEZ CASTRO	7
Aquel olor	11
Las cosas perdidas	25
Cinco pasos	37
El amigo invisible	49
Canción menos triste	59
<i>Reality Show</i>	71

Esta primera edición de *Cielo abierto.*
Historias de condena y esperanza
de Montserrat Cano acabose de imprimir
el 18 de septiembre de 2006, en el
aniversario del nacimiento de
Carmen Kurtz

© del texto: Montserrat Cano
© de la presentación: José Ricardo Martínez Castro
© de la primera edición: UGT Madrid



Cubierta: *Fotografía* de Ouka Lele, 2006
Diseño: TDR Comunicación-Sial Ediciones
Edición al cuidado de José Ramón Trujillo y Basilio Rodríguez Cañada

La reproducción total o parcial de este libro, incluido su diseño, sin
autorización de los titulares del copyright, vulnera derechos reservados.

Edición no venal

Depósito Legal: M-45029-2006
Hecho en España
Made in Spain